

UNA FIESTA EXTRAÑA Y OTROS CUENTOS

A STRANGE PARTY AND OTHER STORIES

Tim Cloudsley

Traducido por Alejandro Negrete

PREFACE

This is the second volume of my short stories to be published into Spanish and published by SYC/Libro Total. Again they have been translated by my friend and colleague Alejandro Negrete, and again my original English version of each story follows the Spanish translation. This time I have named the volume after one of its stories' titles, A Strange Party. I hope the reader enjoys them.

June 2013

John McQueen
John McQueen
Bombardeemos A Irak
Let`s Bomb Iraq
¿Quién Fue Samino Forero?
Who Was Samino Forero?
Las Andanzas De Nubreek
Nubreek`s Wanderings
El Memorando Del Comandante Krat-Kyo
Kommander Krat-Kyo`s Memorandum
Un Artista En Iquitos
An Artist In Iquitos
La Noche Encanta, O: Paisajes De La Mente
Night Spells, Or: Landscapes Of The Mind
La Decisión
The Decision
T
T
Una Fiesta Extraña
A Strange Party
La Pobre Pareja En El Caño
The Poor Couple In A Ditch
¿Cuál Hombre?
Which Man?

enviando sus peligrosas chispas al aire, la luz del sol del exterior fluía a través del
crujiente y humeante espacio.

John no podía hablar, a pesar de que eso no lo habría ayudado si hubiera podido, ya que a estas formas danzantes no les habría importado lo que dijera, ni entendido, aún si lo hubieran escuchado. De repente una de ellas se dio vuelta y puso su cara muy cerca a la suya, terroríficamente, con un feo aullido y una expresión maniática, su boca abierta para revelar sus inmundos dientes puntiagudos, como de vampiro.

“¡Danos a tu hija!”, dijo la asquerosa cosa.

“No”, gritó John McQueen, firme por un momento, pero luego temblando como las hojas que revoloteaban y el polvo atrapado en la luz de la crujiente cueva.

Dos o tres más caras se acercaron, algunas sacando sus lenguas, y cuando una de ellas estuvo tan cerca como para lamer su nariz, todas repetían: “¡Danos a tu hija!”

“¿Qué tomarían a cambio de ella?”, preguntó.

“Todo tu oro, tus posesiones, tu vida, y toda tu alma”.

“Pero no tengo oro”, dijo temblorosamente, dudando de su propio comentario.

“Entonces danos a tu esposa, Julia”, replicaron las infernales formas, todas acercándose aún más a su trémula cara.

“No les daré ni a Giola ni a Julia”, gritó.

“Entonces cocinaremos tu corazón y asaremos tu cadáver sobre este fuego, después de extraerlo”. ¿Ves esto?”, preguntó una de ellas, sosteniendo un tenedor negro con cinco puntas, y moviéndolo hacia la nariz de John McQueen como si fuera a pinchar sus fosas nasales.

“¿Para qué quieren mi corazón?”, preguntó John McQueen.

“Porque queremos comerlo, ya que no se lo has dado a nadie nunca, tu eres tan egoísta y ambicioso”.

“¡Entonces tomen mi corazón, y cómanselo cocido, pero dejen a mi esposa y a mi hija en paz!”, gritó sabiendo que estos viles seres no lo escucharían ni les importaría nada de lo que dijera.

Así que lo tomaron, frente a sus propios ojos: fue lanzado hacia abajo y sostenido contra algunas rocas. Con el tenedor negro uno de ellos agujereó su pecho, extrajo su corazón que palpitaba irregularmente, y lo arrojó dentro de una olla. Él lo vio caer, y estaba completamente asombrado de que le tomara varios minutos morir.

Ese hubiera podido ser el final, pero no lo fue. Cuando John McQueen se despertó, esta vez sin su corazón palpitando irregularmente, pero al parecer completamente vivo, encontró que el otro lado de su cama estaba vacío. Saltó y caminó apresuradamente por

el apartamento, pero no había nadie allí. Se hizo una taza de café, y después de tomar un sorbo insípido, marcó el 1571 en su teléfono.

“Esta es la contestadora. Gracias por llamar. Tiene un nuevo mensaje.”

John McQueen oprimió el botón 1.

“No queremos vivir más contigo”, dijo la voz de su esposa. “Nos puedes contactar en la casa de Gerusala”, y colgó.

¿Quién era Gerusala? Ahhh, sí, una prima lejana de Julia, quien había vuelto recientemente de Spitzbergen, y quien vivía en su nueva casa a trece cuadras de allí.

“Bien”, pensó John, “¿Pero a dónde irá Giola a la escuela?”.

Sacó una botella nueva de dos litros de Brandy español, y empezó a beber.

Fue después de esto que muchas cosas verdaderamente extrañas empezaron a pasar. Muchas semanas después, aún con algo de resaca, John McQueen decidió vender su equipo de sonido, su vestido, sus cucharas de plata y su cello, por lo cual le dieron 147 libras.

Con esto se compró un tiquete de ida a Gdansk, la ciudad Polaca del Mar Báltico, y visitó a una amiga llamada Gisela. Gisela era una artista magnífica, y una mujer maravillosa, muy inteligente, aunque no hermosa en el sentido convencional de la palabra. John se quedó en su apartamento en el piso 19 de un edificio estalinista, con vista al parqueadero por un lado y filas de lavaderos al otro. El amanecer llegó hermosamente por un lado, y la oscuridad aplastó sus éxtasis desde el otro. Y el océano no estaba tan lejos.

Tomó mucho vodka, *wódka* Pam Tadeusz para ser preciso, mucho mejor que cualquier vodka que se pueda comprar en occidente. La pintura de Gisela lo despertó en una percepción tan hermosa, en una felicidad tan gloriosamente colorida, que John se preguntó si algún día querría irse de Gdansk. Gisela lo llevó a la iglesia en donde Lech Walesa había desarrollado sus pensamientos heroicos de lucha a través de *Solidarnosc*, en conversaciones con un cura radical; y fue con ella a extraordinarios museos de arte, bares donde los artistas se reunían y maravillosos poblados rurales en donde la gente era muy amigable.

Sin embargo, después de algún tiempo, empezó a pensar, y a extrañar como a una enfermedad del colón, su corazón ausente, sus pulmones y su estómago, a Giola, su hija de nueve años, quien ahora tendría diez. Pensó en saltar por la baranda del apartamento de Gisela y caer aplastado desde el piso 19, en adentrarse al mar congelado y hundirse bajo el agua verde y bajo el cielo de maravillosas nubes grises, en caminar lentamente mientras cruzaba una carretera para que un conductor aplastara su cuerpo y su cráneo en el asfalto, o lo mejor, en conseguir una pistola alemana – una Luger - con la cual volarse sus inútiles sesos de su cansada cabeza.

Pero se dio cuenta de que tal acción sería un acto de cobardía. ¿Cómo podría hacer algo por su amada hija si estaba muerto, sin importar dónde terminaría? ¡Y cuán

desagradecido sería con Gisela, después de todo el cariño que le había mostrado! En cambio decidió ir a un bar, se emborrachó, e inesperadamente conoció a una chica polaca llamada Magdalena. Se fue para un cuarto de hotel con ella para darse cuenta de por qué los locos parisinos, y Napoleón Bonaparte, habían pensado que las mujeres polacas eran especialmente maravillosas.

Sin embargo, se le estaba acabando el dinero, y la suerte. Entonces decidió ver si podía encontrar un barco en donde pudiera trabajar de alguna forma, y que saliera de Gdynia, el puerto cerca a Gdansk.

Tuvo mucha suerte de ser llevado a bordo como profesor de inglés en un crucero que iba hacia Gibraltar, las islas Canarias y Senegal. En la segunda parada, recordando la historia de Cristóbal Colón, bajó del bote y durmió en la playa durante tres meses. Después de esto, tomó un trabajo como barman, y luego de trabajar un año ya había ahorrado lo suficiente para dejar las islas.

Aquí fue cuando eventos aún más extraños empezaron a suceder en la vida de John McQueen. Un día vio un viejo bote de motor, con un aviso que decía SE VENDE. Compró el bote, impulsivamente, e hizo planes para navegar a la costa de Portugal o África, cualquiera fuera su primer destino. Algunos días después, sin decirle a ninguna de las personas que había conocido en las Islas Canarias, partió con dirección este, con mucha comida y agua potable.

Navegó muy bien por muchos días bajo un glorioso cielo azul, sintiéndose como Díaz de Solís, o Magallanes, o Cabral, hasta que se avecinó una terrible borrasca, que hizo que su bote se volteara. Sacudiéndose en el agua, vio la cara de una bruja que le recordó esos seres que había encontrado en la cueva en su pesadilla hacía algún tiempo, y la mujer que se le había dirigido en el parque algunas semanas antes, y ella le dijo, tal como esos otros que lo habían hecho eones antes:

“¡Dame tu cerebro, pues ya tengo tu corazón, tu esposa y tu hija!”

“¡Esta bien, tómalo!”, dijo John. Ella lo tomó con un golpe de su mágica mano, instantáneamente y sin remordimiento, y esta vez no tuvo ni siquiera un segundo para observar su propia muerte.

JOHN MCQUEEN

One summer's evening, John McQueen was walking through a park, a nice space of green with a dark blue sky above, gently twinkling with half-blinking stars, when someone came up to him. He jerked, very surprised, to see an old woman stand before him, with a haggard but strangely smiling face, and eyes that had a look as if he was obliged to answer her, before she had even spoken.

"Well, what do you want?" he said.

"Oh sir, I'm sorry to trouble you, but can you spare me a moment, to show me out of this park?" she asked.

"Well, I think the way out is straight along this path, where I am going myself," he replied.

The woman turned around and shuffled off, a black shawl wriggling around her unpleasant shoulders, her squawking voice still rasping through his ears. He started to step on, less happily than before, to reach the exit of the park; he turned left, then right, to arrive at his first floor flat, at 39 Hampton Close, where his wife and nine year-old daughter would be waiting for him.

He got home, and his wife Julia gave him a lovely kiss; then after kissing his daughter Giola in her sleep, he went to bed with his wife and seemed to sleep quite well, until, at some hour in the middle of the night, when all was still dark, he woke up abruptly. It seemed to him that a sound had startled him, but he was not sure what it was; he got up, put on his dressing-gown, and went into the living-room. Crouched by the sofa, still and quiet, was someone; and he shuddered without knowing why.

"Who's that?" he shouted in a whisper. There was no reply, nor movement, but he was riveted to his spot, even though the rational side of his mind told him it must be merely a shadow, an illusion, which would disappear in a moment.

And it did disappear. The movement of one involuntary inch of his head, showed him there was no one there, so he began to walk back to the bedroom. But the moment he passed the threshold of that room he heard strange sounds in his mind, of twinkling bells parodying Christmas, of horses and carts and greedy bulls, of angry fathers shouting at children.

He stopped for a moment again, but then went to bed and fell sound asleep.

A few weeks passed, perfectly uneventful and happy, until one night John McQueen again felt he had awoken in a sweating trance, but he had not; he was this time dreaming. In his dream he entered a cave, up to whose edge the turquoise sea bashed its waves; in there he encountered several figures, how many he could not count, dancing feverishly all around, their silhouettes wavering against the walls, a fire burning and

sending its dangerous sparks into the air, the sunlight from outside streaming through the crackling, smoking space.

John could not speak, though it would not have helped him if he could, as these dancing forms would not have cared what he said, nor understood, even if they had heard him. Suddenly one turned around and confronted his face very close up, terrifyingly, with an ugly howl and a maniacal expression, his or her mouth opening to reveal foul pointed teeth, like those of a vampire.

“Give us your daughter!” the ghastly thing declared.

“No,” yelled John McQueen, for a moment firm, but then trembling like the hovering leaves and dust caught in the sunlight in the crackling cave.

Two or three more faces approached him, some sticking out their tongues, and when so near one of them seemed about to lick his nose, they all repeated: “Give us your daughter!”

“What would you take instead?” he asked.

“All your gold, your possessions, your life, and all your soul.”

“But I have no gold,” he quaked, wondering at his own remark.

“Then give your wife, Julia!” replied the hellish forms, all approaching even nearer to his quivering face.

“I will give neither Giola nor Julia!” he screamed.

“Then we will boil your heart, and roast your corpse upon this fire, after we have extracted it. Do you see this?” asked one, holding up a black fork with five prongs, and moving it towards John McQueen’s nose as if it would be jabbed into his nostrils.

“Why do you want my heart?” asked John McQueen.

“Because we wish to eat it, as you have never given it to anybody before, you are so selfish and greedy.”

“Then take my heart, and boil it to eat, but leave my wife and daughter alone!” he screeched, knowing that these vile beings would not listen nor care about anything he said.

So they did take it, in front of his own eyes: he was thrust down, and held against some rocks. With the black fork one of them pierced his chest, dragged out his irregularly palpitating heart, and flung it into a pot. He saw it fall, and was completely amazed that it took him several seconds to die.

Now that might have been an end to it, but it was not. When John McQueen woke up, this time without his irregularly beating heart, but seemingly fully alive, he found the bed next to him was empty. He jumped up, rushed around the flat, but nobody was

there. He made himself a cup of coffee, and after taking one tasteless sip, he dialled 1571 on his telephone.

“This is BT call-minder. Thank you for calling. You have one new message.”

John McQueen pressed button One.

“We don’t want to live with you anymore,” spoke the voice of his wife. “You can contact us at Gerusala’s house.” Bang, click.

Who was Gerusala? Ah, yes, Julia’s distant cousin, just returned from Spitzbergen, living in a new house thirteen blocks away.

“Fine,” thought John, “but where will Giola go to school?”

He pulled out an unopened two-litre bottle of Spanish brandy, and began to drink it.

It was after this that strange things really began to happen. Many weeks later, still in something of a hang-over, John McQueen decided to sell his hi-fi, his suit, his silver spoons and his ‘cello, from whose sale he gained £147.

With this he bought a one-way air ticket to Gdansk, the Polish city on the Baltic Sea, and visited a friend of his called Gisela. Gisela was a magnificent artist, and a marvellous woman, very intelligent, though not beautiful in any conventional sense. John stayed in her flat on the nineteenth floor of a Stalinist tower block, overlooking a car park on one side and lines of washing on the other. Dawn broke beautifully on the one side, dusk smashed its ecstasies from the other. And the sea was not far away!

Here he drank a great deal of vodka, Pan Tadeusz *wódka* to be precise, much better than any vodka you can buy in the West. Gisela’s painting woke him up to such a beautiful perception, such glorious colourful happiness, that John really wondered if he ever wanted to leave Gdansk. Gisela took him to the church where Lech Walesa had developed his heroic thoughts of struggle through *Solidarnosc*, in conversations with a radical priest; and he went with her to superb art museums, bars where artists met, and wonderful villages in the countryside where people were so friendly.

After some time however, he started to think about, and miss with something like an illness in his colon, his absent heart, his lungs, and his stomach, Giola, his nine year-old daughter, who by now must have become ten. He thought of jumping from the veranda of Gisela’s nineteenth-floor flat smash to the ground; of rushing into the freezing sea and sinking under the green water and marvellously grey-clouded sky; of lingering as he crossed a road to allow a juggernaut to crush his body and skull into the asphalt; or best of all, to get a German pistol - a Luger - with which to shoot his useless brains out of his tired skull.

But he realized that such a course of action would be cowardly; how could he do anything for his beloved daughter if he was dead, no matter where he ended up? And how ungrateful that would be to Gisela, after all the kindness she had shown him! So instead he went to a music bar one night, got very drunk, and most surprisingly met a gorgeous Polish girl called Magdalena. He went with her to stay in a hotel room, and

realized why mad Parisians, and Napoleon Bonaparte, had thought Polish women were especially wonderful.

However, he was running out of money, if not luck yet. So he decided to see if he could find a boat that he could work on in some capacity, which would leave from Gdynia, the port near Gdansk.

He was extraordinarily lucky to be taken on as an English tutor on a cruise ship that was bound for Gibraltar, the Canary Islands, and Senegal. At the second destination, remembering his history of Christopher Columbus, he jumped ship, and slept on a beach for three months. After this, he took a job as a barman, and after working for a year, had saved enough money to leave the islands.

This was when some even stranger events began to unfold for John McQueen. One day he saw a rather old motor boat, with a placard on it saying FOR SALE. He bought the boat, impulsively, and made plans to sail in it to the coast of Portugal or Africa, whichever one he happened to arrive at first. A few days later, without telling any of the people he had got to know on the Canary Islands, he set off in an easterly direction, with plenty of food and fresh water.

He chugged along quite well for many days, under a glorious blue sky, feeling like Díaz de Solís, or Magellan, or Cabral, until he entered an ungodly squall, which caused his boat to capsize. Flailing about in the water, he saw the face of a hag that reminded him of those beings he had met in the cave in his nightmare a long time before, and of the old woman who had accosted him in the park some weeks before that; and she said, rather as those others had done eons before:

“Give me your brain, as I already have your heart, your wife, and your daughter!”

“Okay, have it!” said John. And she took it, with a scoop of her magical hand, instantly and remorselessly, and this time he had not even one second in which to observe his own death.

Había una vez un muchacho llamado Juniper, que había crecido en Tasmania y cuyos padres se mudaron a Singapur cuando tenía once años, para luego irse todos a Bristol, Inglaterra. Su padre, un ingeniero que estaba muy consciente de que una tía bisabuela había sido una de las últimas aborígenes que había sobrevivido en Tasmania, esperaba que al tomar un trabajo en Inglaterra pudiera ayudar en el esfuerzo de persuadir a los museos británicos para que entregaran las reliquias de las comunidades indígenas tradicionales tasmánicas que mantenían en su poder, y permitirles ser devueltas a Tasmania.

Cuando la familia llegó a Bristol, se fueron a vivir a una casa moderna en las afueras de la ciudad. A los tres años el padre murió de cáncer estomacal, así que la madre de Juniper se trasladó con su único hijo a Gosling, un pueblo a pocas millas de allí. Juniper estudió en la escuela local y luego fue a la Universidad de Birmingham.

Durante su periodo de estudios en ciencia política, Juniper conoció a una chica palestina llamada Amal, quien era también estudiante, pero de agronomía, de quien se enamoró profundamente y con quien se quería casar. La pareja decidió esperar hasta que se graduaran para casarse, pero en el momento en que presentaban sus exámenes finales el primer ministro declaró que era necesario entrar en guerra con Irak.

Ni Juniper ni Amal estuvieron de acuerdo con esta idea de hacerle la guerra a Irak. Sentían que las guerras habían resuelto muy pocas cosas en el pasado y eran justificadas sólo en casos de resistencia a invasiones por grandes y malvadas fuerzas como la Alemania nazi, y solo le habían dado al mundo acres de cementerios entrecruzados por blancas lápidas, tumbas de hombres jóvenes de veinte, veintidós o veinticuatro años, que hubieran podido casarse, tener hijos y vivir vidas normales. En cambio, habían sido ametrallados y aplastados como pedazos de carne, como para demostrar la segunda ley de la termodinámica: una vez que el milagro de la vida los deja, los cuerpos, las mentes y las almas simplemente decaen en la mayor entropía de la naturaleza. Además, pensaban, ¿no había una mejor forma de resolver este problema con el gobierno de Irak?

Un día fueron a una manifestación en contra de la amenaza de guerra. Marcharon con pancartas del contingente “Campaña contra la guerra” de su universidad, pero cuando finalizaron la marcha Amal se desmayó, probablemente porque había estado despierta toda la noche preparándose para un examen oral en manejo de cosechas. La policía atacó de súbito, pensando que había problemas, y la ingresó rápidamente a una camioneta policial. Juniper corrió detrás y un policía lo golpeó en la cabeza con un bolillo.

Juniper entró en coma, y cuando Amal se recuperó de su desmayo, lo encontró en el hospital. Los doctores dijeron que tal vez no se recuperaría. Justo cuando Amal dejaba el hospital, rezando para que él se recuperara, escuchó un anuncio en el radio de un conserje:

“Aviones americanos y británicos han empezado hoy a bombardear a Irak”

LET'S BOMB IRAQ

Once there was a boy called Juniper, who had grown up in Tasmania, but his parents moved to live in Singapore when he was eleven, and then they all went to Bristol, in England. His father was an engineer, who was very conscious that a great-great-aunt of his had been one of the last aborigines to survive in Tasmania. He hoped that by taking a job in England he might be able to help in the effort to persuade British museums that held relics from traditional indigenous Tasmanian communities to yield them up, and allow their return to Tasmania.

When the family arrived in Bristol, they went to live in a modern house on the outskirts of town. Within three years the father had died of stomach cancer, so Juniper's mother moved with her only child to Gosling, a village a few miles away. Juniper attended a local school, and afterwards went to Birmingham University.

During his period of study of political science, Juniper met a Palestinian girl called Amal, who was also a student, but of agronomy, with whom he fell deeply in love; and he wanted to marry her. The couple decided to wait until they had graduated before getting married, but at the very moment they were taking their Finals the Prime Minister declared it was necessary to go to war against Iraq.

Neither Juniper nor Amal agreed with this idea of making war with Iraq. They felt that wars had solved little in the past, and were justified only in cases of resistance to invasions by huge and wicked powers like Nazi Germany, and had only given the world acres of cemeteries criss-crossed with white gravestones, graves of young men of twenty or twenty-two or twenty-four, who might otherwise have married, had children, and lived normal lives. Instead they had been machine-gunned and crumpled down as pieces of meat, thus to demonstrate the Second Law of Thermodynamics: that once the miracle of life has left them, bodies, minds, and souls merely decay into the greater entropy of nature. Besides they thought, this problem with the government of Iraq: was there no better way to resolve it?

One day they went to a demonstration against the threatened war. They marched along with the banners of their University's "Campaign Against War" contingent, but as they came to its conclusion Amal fainted, probably because she had been up all night swatting for a viva on crop management. The police swooped in, thinking trouble was afoot, and rushed her into a police van. Juniper ran after her, and a policeman smacked him over the head with a truncheon.

Juniper entered a coma, and when Amal recovered from her faint, she found him in a hospital. He might not recover, the doctors said. Just as Amal left the hospital, praying that he would recover, she heard a hospital janitor's radio-set announce:

"American and British warplanes have today begun to bomb Iraq."

¿QUIÉN FUE SAMINO FORERO?

Había sido un absoluto misterio para Ricardo la manera cómo su prima Luz había desaparecido. Fue hasta sólo seis o siete años que encontró una pista, muy inesperadamente, cuando tomó un taxi un día con una mujer que era su “amiga”, o más bien su amante, no su esposa. Sentados juntos en la parte trasera del taxi, Ricardo y esta mujer, llamada Blanca, empezaron a discutir.

El tema de su discusión era un chisme que había llegado a oídos de Blanca a través de una vecina. Esta vecina había escuchado que el tendero de la localidad había dicho que Blanca estaba embarazada de Ricardo, lo cual no era cierto, pero cuando Blanca le dijo a Ricardo que este tendero, llamado Samino, había dicho esto, Ricardo se puso furioso, y le gritó a Blanca que ella simplemente estaba conspirando y generando problemas, a la espera de que la esposa de Ricardo se enterara de todo, y que entonces él se sentiría devastado y destruido.

Por supuesto, Ricardo sabía que de alguna manera estaba siendo egoísta e hipócrita al tener este comportamiento, pero al mismo tiempo Blanca se dio cuenta que hasta cierto punto él decía la verdad, pues de hecho ella estaba adornando ligeramente su versión acerca de los detalles del chisme.

En ese momento, para su gran sorpresa, el taxista se metió:

“¿Están hablando de Samino Forero?”, preguntó.

Aturdida en silencio, Blanca replicó:

“Sí, ¿lo conoce?”

“Sí, lo conozco”, vociferó el taxista. “¡Es un completo hijo de puta, un bastardo, un mentiroso, un tramposo!”, gritó, casi estrellando el taxi.

“¿Por qué?”, preguntó Ricardo, casi quejándose, “¿Por qué?”

“¿Violó a mi prima y luego le dijo a mi madre que ella lo había seducido!”, gritó furioso el taxista.

En este momento se encontraba muy fuera de sí, viró el taxi hacia un carril lateral y luego se detuvo.

“Sentimos mucho que eso haya sucedido”, dijo Blanca, y ella y Ricardo empezaron a moverse y prepararse para salir del taxi.

“¡No, no!”, gritó el taxista con una triste y lamentosa voz. “Los llevaré a donde quieren ir.”

Entonces Ricardo y Blanca se quedaron en sus puestos y el taxi empezó a andar nuevamente.

Ninguno de los tres habló nuevamente; el conductor se dirigió hacia la autopista principal, y pronto el vehículo se movía a un paso decente. Los tres empezaban a relajarse, cuando de pronto un atasco hizo que el taxi redujera la velocidad, hasta hacer que se detuviera totalmente. Después de varios minutos de total quietud, algunas personas se acercaron a la ventanilla del conductor, y explicaron que había un enorme choque más adelante, y que ningún vehículo podría moverse ni para atrás ni para adelante por muchas horas. Recomendaron que era mejor salir, sentarse en la hierba, y esperar. Después de algunos minutos de duda y contemplación, los tres salieron del taxi, se sentaron en el césped cercano, y en pocos minutos un hombre llegó vendiendo latas y botellas de cerveza; compraron algunas y empezaron a beber y relajarse, ya que no había realmente nada más que hacer.

WHO WAS SAMINO FORERO?

It had been an absolute mystery to Ricardo as to how his cousin Luz had disappeared. It was only six or seven years later that he came across a clue, quite unexpectedly, when he happened to take a taxi one day with a woman who was a 'friend', or rather lover, not his wife. Sitting together in the back of the taxi, Ricardo and this woman, called Blanca, began to argue.

The subject of their argument was some gossip that had come to Blanca's ears from a neighbour of hers. This neighbour had heard from the local shop-keeper that Blanca was pregnant from Ricardo, which was not true, but when Blanca told Ricardo she had heard that this shop-keeper, called Samino, had said this, Ricardo was furious, and shouted at Blanca that she was merely conspiring and making trouble, hoping that Ricardo's wife would hear about everything, and that then Ricardo would be utterly wrecked and destroyed.

Of course, Ricardo knew he was being somewhat selfish and two-faced in this outburst; but at the same time Blanca realized he was to some extent speaking the truth, as indeed she was slightly embellishing the truth about the details of the gossip.

At that moment in the argument between Ricardo and Blanca, to their great surprise the taxi-driver piped in:

"Is that Samino Forero you're talking about?" he asked.

Stunned in silence, Blanca peeped:

"Yes, do you know him?"

"Yes I do!" bellowed the taxi-driver. "He is a complete son-of-a-bitch, a bastard, a liar, a cheat!" he yelled, nearly crashing the taxi.

"Why?" squeaked out Ricardo, "why?"

"He raped my cousin, and then told my mother that she had seduced *him!*" screeched the taxi-driver.

He was now quite beside himself, and pulled the taxi into a side-lane, then stopped.

"We're very sorry to hear about that," said Blanca, and she and Ricardo began to move and prepare to get out of the taxi.

"No, no!" shouted the taxi-driver in a sad, plaintive voice. "I'll take you where you want to go."

And so Ricardo and Blanca stayed where they were, and the taxi drove off once again.

None of the three spoke any more now; the driver found his way onto the main *autopista*, and soon the vehicle was moving along at quite a decent lick. All three were beginning to relax, just as a traffic jam caused the taxi to slow right down, until it had to stop altogether. After several minutes completely stationary, some people came over to the driver's window, and explained that there had been an enormous pile-up ahead, and that no vehicles were likely to move either ahead or backwards for many hours. Better to get out, sit on the grass verge, and wait, they recommended. After some moments of doubt and contemplation, the three got out of the taxi, sat down on the nearby grass, and within a few minutes a man came round selling cans and bottles of beer; and so they bought some, and started to drink and wind down; as there was really nothing else they could do.

LAS ANDANZAS DE NUBREEK

Una lagartija se deslizó por la rodilla de Nubreek, a pesar de no ser responsable de ello. Estaba reinventado a Machu Picchu, soñando su interminable crecimiento y su apilamiento hacia las estrellas infinitas, como juegos pirotécnicos de tierra y piedra volando hacia los cielos.

Nubreek estaba decidido a experimentar un punto de quiebre en su vida: el entender que su sangre no podía más fluir más como manchas anaranjadas río abajo; ahora tendría que volverse parte de la verde serpiente que creó todos los días ese color café oscuro del río, pero en dirección opuesta.

Estaba ahora muy cansado de recibir ordenes de cualquiera o de cualquier cosa, pero estaba decidido a seguir la doctrina del Tao, aunque siempre cambiaba de opinión acerca de lo que significaba exactamente. A veces esto le causaba ansiedad, y en otras ocasiones se regocijaba en la incertidumbre; pero al final siempre se sentía seguro que la obediencia del Tao era lo mismo que la libertad. En el Tao, el libre albedrío se encontraba con el determinismo, el cielo con el infierno, la vida con la muerte, el amor con el odio. Para convertirse en el maestro o ama de su propio ser, uno debía tratar de seguir el Tao, a pesar de que eso muchas veces significaba balancearse de un extremo errado a otro, como un río que empuja y erosiona primero una orilla, luego la otra, siempre cambiando su forma, y al final siempre latiendo con la misma fuerza de vida. El balance perfecto no es siempre una certeza fija, meramente un ideal, un concepto abstracto, algo que emerge como un sueño de tesis a antítesis, en una síntesis gloriosa y transitoria.

Más adelante, Nubreek se imaginó que había conocido a Georg Friedrich Hegel, pero luego esa maravillosa visión fue borrada y fragmentada en una diferente, pues ahora sentía que estaba en la presencia de Friedrich Nietzsche. ¿Cómo un enorme, plateado, gris y azul, y luego arcoirizado río había cambiado a una pila de cristales en estampida, infinitamente fragmentados, caóticos, danzando en noche salvaje y demente, sin adquirir una forma coherente, totalmente locos, deliciosos sonidos de luz y movimientos, aullando en el borde del abismo?

Ah, qué maravilloso podría ser todo; cómo enfrente al infierno cuando se libera. Nubreek soñó, y dio vueltas en su cama, vio la Maravilla y el Misterio antes de despertarse.

NUBREEK'S WANDERINGS

A lizard slipped off Nubreek's knee, though he was not responsible for this. He was reinventing Macchu Picchu, dreaming its endless growth and its piling up to the infinite stars, like fireworks of earth and stone flying up into the skies.

Nubreek was coming to terms with a big life-break: an understanding that no longer could his blood flow like orange stains down the river; now it would have to become part of the green snake that created everyday the dark brown colour of the river, but in an opposite direction.

He was now very tired of taking orders from anything or anyone, yet he was determined to flow with the Tao, though what that meant exactly, he was always changing his mind about. Sometimes this caused him anxiety, at other times he rejoiced in the uncertainty; but he always felt sure ultimately that obedience to the Tao was the same as freedom. In the Tao, Free Will met with Determinism, Heaven with Hell, Life with Death, Love with Hate. To be one's own master or mistress, one had to try to follow the Tao, although that often meant pushing from one mistaken extreme to another, like a river that pushes against and erodes first one bank, then the other; always changing its form, yet ultimately always pulsing with the same life-force. The Golden Mean is never a fixed certainty; merely an ideal, an abstract concept, something emerging as a dream from thesis and antithesis; in a transient, glorious synthesis.

Later on, Nubreek imagined he had met Georg Friedrich Hegel, but then that wonderful vision was shaken up and fragmented into a different one, as he now felt he was in the presence of Friedrich Nietzsche. How had an enormous, silvery, grey and blue, and then rainbow-coloured river changed into an infinitely fragmented, chaotic, broken pile of stampeding crystals, dancing in wild, mad night; making no coherent shape, merely crazy, delicious light-sounds and movements, howling at the edge of an abyss?

Ah, how beautiful all could be; how to cope when Hell breaks free. Nubreek dreamt, and rolled on his bed; saw Wonder and Mystery before he awoke.

EL MEMORANDO DEL COMANDANTE KRAT-KYO

El comandante Krat-Kyo envió este memorando a las organizaciones del nuevo orden del eje mundial, expedido simultáneamente en Berlín y Tokio en mayo de 1968:

“El Gran Führer alemán y visionario del nuevo orden Adolfo Hitler, ha muerto. ¡Aflijámonos, pero también rindámosle culto a su grandeza! ¡Gracias a la providencia que nosotros, los primordialmente entrelazados, gente racialmente superior de Alemania y de Japón, tuvimos al Führer así como al gran divino emperador del sol japonés para que nos guiarán en estos oscuros y peligrosos tiempos, amenazados como ellos por degenerados, terroristas, mestizos racialmente mezclados, sub-humanos inferiores, criminales espiritualmente impuros, drogadictos, homosexuales y tontos artistas modernos! ¡Gracias al ejemplo de Adolfo Hitler, hemos apaciguado al enemigo ahora; las ratas asesinas e insurgentes de todas partes del mundo están siendo destruidas y aplastadas, y ganaremos! ¡Gracias al ejemplo de Adolfo Hitler, ya no aceptamos a terroristas que queman nuestras banderas, amenazan nuestro orden civilizado, o adoctrinan a jóvenes sicarios para asesinar y mutilar ciudadanos alemanes y japoneses decentes, así como nuestros decentes y civilizados aliados. ¿Ahora saben porque peleamos con esta gente!

Nuestros enemigos, los terroristas, contra los cuales declaramos eterna y justa guerra, tratan de forzarnos a rendirnos, y a abandonar el trabajo de la providencia, que añora nuestro compromiso de paz, buen comportamiento, pureza racial y decencia normal. Pero nunca nos rendiremos, hemos jurado pelear por los próximos mil años para lograr nuestros grandes y justos objetivos. El enemigo no nos conoce muy bien; ellos son Untermenschen, criminales, judíos, fundamentalistas Islámicos, cobardes, mentirosos, falsos, orientales impuros, liberales, demócratas, comunistas, y pervertidos de todo tipo. No nos subyugaremos a su perversa propaganda a través de la cual buscan explotar nuestra bondad, y reclaman que los tratamos injustamente en nuestras prisiones.

Los cazaremos a todos, aún en sus camas, y eliminaremos sus amenazas a la civilización por medio de nuestros ataques con misiles en sus escondites, en nuestras cámaras de gas, a través de ejecuciones extrajudiciales, devastando sus campos, o por el uso de medios biológicos o químicos para extinguir su vil presencia. Nunca nos rendiremos, ni nos mostraremos débiles, ni retrocederemos ante estos cerdos, ratas, cucarachas, sucios mestizos, degenerados, negros perezosos. Continuaremos siempre, matándolos a todos, pues tenemos de nuestro lado héroes y magníficas bombas, héroes y magníficos bombarderos y los usaremos en nuestra guerra contra el terrorismo por siempre”.

Berlín y Tokio
Mayo 1968

Comandante Krat-Kyo.

KOMMANDER KRAT-KYO'S MEMORANDUM

Kommander Krat-Kyo sent this Memorandum to the World Axis New Order Rallies, held simultaneously in Berlin and Tokyo, in May 1968:

“The Great German Führer and Visionary of the New Order, Adolf Hitler, has died. Let us grieve, but also worship his greatness! Thanks be to Providence that we, the primordially interlinked, racially superior peoples of Germany and Japan, had the Führer as well as the Great Divine Japanese Sun Emperor, to lead us through these dark and dangerous times, threatened as they are by degenerates, terrorists, racially mixed mongrels, inferior sub-humans, spiritually impure criminals, drug addicts, homosexuals, and moronic modern artists! Thanks to Adolf Hitler's example, we have not appeased the enemy; the rat-lines of killers and insurgents everywhere in the world are being destroyed and crushed, and we will win! Thanks to the example of Adolf Hitler, we no longer accept terrorists who burn our flags, threaten our civilized order, or indoctrinate young hoodlums to kill and maim decent German and Japanese citizens, as well as those of our decent, civilized allies. Now you know why we fight these people!

Our enemies, the terrorists, against whom we wage eternal and righteous war, try to force us to give up, and abandon the work of Providence, that wills our commitment to peace, correctness, racial purity, and normal decency. But we will never give up; we have vowed to fight for the next thousand years to achieve our great and just goals. The enemy does not know us very well; they are *Untermenschen*, criminals, Jews, Islamic fundamentalists, cowards, liars, cheats, impure Orientals, liberals, democrats, Communists, and perverts of all kinds. We will not be subdued by their foul propaganda, through which they seek to exploit our kindness, and claim we treat them other than justly in our prisons.

We will hunt them all down, even in their beds, and eliminate their threats to Civilization through our missile attacks on their hide-outs, in our gas chambers, through summary executions, by defoliating their fields, or by the use of biological and chemical means to extinguish their vile presence. We will never surrender, nor remain supine, nor flinch before these swine, rats, cockroaches, gooks, wogs, wops, work-shy niggers. We will continue forever to kill them all, as we have on our side heroes and magnificent bombs, heroes and magnificent bombers, and will use them in our War against Terrorism for ever and ever.”

Berlin and Tokyo,
May 1968

Kommander Krat-Kyo

UN ARTISTA EN IQUITOS

Sipani, hijo de Sanabi, con su esposa llamada Uchanama, tuvieron un hijo y una hija llamados Chasnamote y Chatasama. Eran tabalosos, indígenas que vivían sobre el río Mayo en el siglo XVII, y habían sido subyugados por el conquistador español Martín de la Riva Herrera y por misioneros jesuitas.

Una descendiente de Chatasama, llamada Olleta, más de doscientos cincuenta años después, fue una “coqueta cortesana” en Iquitos, de gran encanto y belleza, la cual el general prefecto de Loreto llamado Álvarez, convirtió en la “primera dama” de Iquitos. Con sus perfumes y su joyas, y sus finas sombrillas, Olleta era un personaje reconocido en Iquitos antes de 1914. Por supuesto, las “mujeres respetables” volteaban su mirada cuando Olleta se encontraba cerca, pero el resto de la gente la quería.

Uno de los hijos de Olleta y Álvarez llamado Jenaro fue enviado a Inglaterra para ser educado. Fue a Charterhouse, luego a Cambridge, donde estudió a los clásicos. Cuando volvió a Iquitos en 1935, se interesó muchísimo en el trabajo de los artistas de allí. En vez de optar por una carrera en política, diplomacia o en los negocios, como sus padres esperaban que lo hiciera, se comprometió extremadamente con la escuela de artes de Iquitos. Uno de los artistas de Iquitos era un negro de Barbados llamado simplemente Jimmy (nunca usó otro nombre) que había llegado a Iquitos en la década de 1920. A pesar de que sus pinturas son difíciles de localizar ahora, se dice que eran de una amplia brocha, muy intrépidas y poderosas, estallando con la luz de Iquitos y el río Amazonas, danzando con los árboles y animales de la selva alrededor de Iquitos.

Jerano y Jimmy se volvieron buenos amigos, y pasaban muchas horas juntos hablando de arte, para qué servía, lo que significaba, lo que debía o podía ser en Iquitos. Una noche los dos hombres caminaban por el Malecón cuando de repente Jenaro tropezó con un pedazo de tubo de metal y cayó inconsciente. Jimmy trató de levantarlo, pero Jenaro era demasiado pesado para llevarlo lejos. Entonces Jimmy lo recostó contra un poste y corrió para tratar de encontrar un policía o cualquiera que lo pudiera ayudar.

Jimmy no fue visto nuevamente, y algunos niegan que Jerano haya existido. Para 1939, cuando se desató la segunda guerra mundial, tanto Olleta como Álvarez habían muerto y sus descendientes negaron haber tenido alguna vez un hermano llamado Jenaro. Jimmy es recordado como un gran personaje local y es mencionado todavía hoy en libros acerca de la historia de Iquitos. Los historiadores del arte local continúan en la búsqueda de sus pinturas.

El Poste contra el cual Jimmy recostó a Jenaro aún se encuentra en el Malecón, y uno espera que algún día alguien ponga una placa en él, ya que Jimmy fue evidentemente un gran artista y Jenaro era lo suficientemente sabio para reconocer eso. El lugar de su última partida es seguramente merecedor de algún honor y celebración.

AN ARTIST IN IQUITOS

Sipani, son of Sanabi, with his wife called Uchanama, had a son and a daughter called Chasnamote and Chatasama. They were Tabalosos, Indians who lived on the Río Mayo in the Seventeenth Century, and had been subjugated by the Spanish Conquistador Martín de la Riva Herrera and by Jesuit missionaries.

A descendent of Chatasama, called Olleta, more than two hundred and fifty years later, was a 'coqueta cortesana' in Iquitos, of great charm and beauty, whom the General Prefect of Loreto, called Alvarez, turned into the 'First Lady' of Iquitos. With her perfumes and jewellery, and her fine parasols, Olleta was a renowned personality in Iquitos, before 1914. Of course, 'respectable women' turned their gaze away when Olleta was nearby; but everyone else loved her dearly.

One of Olleta's sons by Alvarez was called Jenaro, who was sent to England for his education. He went to Charterhouse, then to Cambridge where he studied Classics. When he returned to Iquitos in 1935, he became very interested in the work of Iquitos artists. Rather than taking on a career in politics, diplomacy, or business, as his parents had expected him to do, instead he became extremely committed to the 'Iquitos School' of art. One Iquitos artist was a black Barbadian called simply Jimmy – he never used any other name – who had turned up in Iquitos in the 1920s. Though his paintings are difficult to locate now, they are said to have been of an extremely broad brush, very bold and powerful, bursting with the light of Iquitos and the River Amazon, dancing with the trees and animals of the jungle around Iquitos.

Jenaro and Jimmy became good friends, and would spend many hours together talking about art – what it was for, what it meant, what it should be or could be in Iquitos. One evening the two men were walking along Malecon when Jenaro tripped on a piece of metal piping and was knocked unconscious. Jimmy tried to pick him up, but Jenaro was too heavy to lift very far. So Jimmy propped him up against a lamppost and ran off to find a policeman or just anyone to help.

Jimmy was never seen again, while Jenaro is denied by some ever to have existed at all. By 1939, when the Second World War broke out, both Olleta and Alvarez were dead, and their surviving offspring denied they had ever had a brother called Jenaro. Jimmy is remembered as a great local character and is still mentioned today in books about the history of Iquitos. Local art historians continue to search for his paintings.

The lamppost against which Jimmy leant Jenaro still stands on Malecon, and one hopes one day that someone will place a plaque on it; for Jimmy was evidently a great artist and Jenaro was wise enough to recognize that fact. The location of their last parting is surely worthy of some honour and celebration.

LA NOCHE ENCANTA Ó PAISAJES DE LA MENTE

En momentos de encantamiento, el aire se llena de magia, las luciérnagas zigzaguean a través de la noche negro brea, y otros grandes insectos voladores se reúnen alrededor de las pálidas llamas de las velas, y los sonidos de la jungla son como una orquesta de muchas secciones de insectos, pájaros y ranas.

En tales momentos la selva alrededor se apresura a penetrar con su infinita y pesada oscuridad ahogando nuestro pequeño espacio iluminado por velas, al mismo tiempo que succiona este mundo-vientre centrífugamente hacia afuera, que quiere volar fuera de sí y dispersarse en los infinitos bosques de la noche que nos rodea.

Uno piensa en aisladas cabañas de brujas en lo profundo del bosque, o en algún templo mágico, como aquel de Sarastro en La Flauta Mágica, inmerso en el bosque; o en la casa que Sigmund se encuentra al principio de Die Valküre. Las casas de madera aisladas en los bosques salvajes deben ser por definición mágicas y sobrenaturales, o de otra forma serían instantáneamente absorbidas por el bosque, como una mota de polvo dentro de una nube, o una gota de agua en el océano.

Octavio Paz escribió acerca del momento mágico después de la media noche, cuando todo el mundo duerme, pero es cuando el poeta empieza a cantar. Es este también el momento en que el chamán entra en sus vuelos visionarios.

El escritor Colombiano Germán Arciniegas se imagina a los filósofos políticos ingleses, tales como Hobbes y Locke, sentados enfrente de sus chimeneas en las noches de invierno, tomando cerveza y haciéndose las más recientes preguntas acerca de la libertad humana, y si Dios realmente designó a los reyes para que mandaran en la tierra. Se imagina que llegaron a respuestas después de largas noches observando, remachados allí y encantados por las llamas, pavesas y chispas de sus fuegos ingleses.

Tal vez cuando era niño, actuaba como un niño y hablaba como un niño; pero cuando me volví un hombre no puse a un lado las cosas infantiles. Por el contrario, un bosque encantado, un sueño del más allá, la música que viene de otras realidades, y las esferas celestiales en la inmensidad de la noche, no sólo retuvieron, sino que intensificaron su maravilla, mi asombro y desconcierto.

Ahora que han reconstruido el viejo puente de Mostar, es posible disfrutar de su vista nuevamente, en fotos de antes o después de su destrucción. Es fascinante leer acerca de las instrucciones del Sultán Suleiman decretadas en 1565, 31 años después de que Jiménez de Quesada fundara Bogotá, para que el arquitecto Hajrudin lo diseñara. Hay en este momento una exhibición en Zagreb, llamada “El viejo puente de Mostar”.

Aquí en Mishana, nuestra ama de llaves y amiga Magnolia está muy enojada con un joven hombre que ha embarazado a su hija de 13 años, no porque la embarazó, sino porque más tarde se jactó con sus amigos de que el bebé no era suyo y que iba a huir a Iquitos. Pero después de una larga charla, parece haber cambiado su tono, y la pareja

luce, al menos a simple vista, estar felices juntos.

Si hay una magia verdadera, palpable y sagrada, como la que sentí en la cima de una montaña cerca de Río de Janeiro durante un ritual de Santo Daime, en un “Cielo”, después de haber tomado ayahuasca, donde todos los presentes entonaron y respiraron el espíritu Santo “¡Cristo! Jesús, ¡Cristo! Jesús,” así es como debió haber sido para los cristianos primitivos, una pequeña banda de fanáticos absolutos entre Jerusalén, Damasco, Atenas, Alejandría, y Roma.

Los pájaros nocturnos son tan extraños que uno se siente transportado a una realidad de diferente y notable comunicación. Los sonidos, las notas, tan altas y claras a través del denso aire nocturno producen una milagrosa y mágica música que ningún músico terrenal podría componer.

Soy nada en la noche, no tengo nada, estoy disperso en la oscuridad. Todo lo que fui, todo lo que deseé, es como las partículas de oscuridad que me rodean ahora. No tengo contacto con nadie que ame, pero eso no significa nada, ya que todos somos parte de la misma absurda red de gemas y chistes; toco todo, y todo me toca, con cada aliento que tomo, cada sonido que sufro escuchar. Estoy solo, pero tan central en todo como lo están mis peores enemigos.

¿No es increíble que uno pueda sentirse solo sin sentirse solitario, y solitario sin sentirse solo? Lo primero no es desagradable del todo, de hecho es muy agradable, por ejemplo, estar en un lugar silencioso de la selva sin que nadie te interrumpa. Mientras que lo segundo es simplemente un caso de sensación de soledad entre la multitud.

Mmmm, los insectos se aplacan como los instrumentos de viento al llegar al final de una sinfonía de Schubert. No puedo evitar preguntarme que clase de personaje se necesita para ser político o un hombre de estado. Hay tipos destacables, como Alejandro el Grande, Julio César, Napoleón, Winston Churchill, F. D. Roosevelt y otros. Hay mediocridades, imitaciones, como Thatcher, Blair o John Major. Y hay verdaderos malos bastardos como Hitler, Stalin, George W. Bush, etc. Hay idealistas fallidos, como Robespierre o Lenin. Y existió Alija Izetbegovic, una figura muy trágica, no mala, pero muy inapropiada para su momento en la historia.

En las profundidades de la noche, ni siquiera un mosquito ni una inmensa mosca chupadora me ha picado, sino una gran avispa. Siento el veneno corriendo por mis venas desde mi hombro hasta mi cintura. Debo entrar en rigidez, y callarme, debo ser por siempre auto-subyugable aquí en esta nuestra jungla enclavada.

En la noche, la magia principal se vierte en la mente; estás sentado dondequiera, las fuerzas de la vida cantan y saltan alrededor tuyo, sin duda dentro de ti. Todo está más allá de la pregunta, la respuesta, o cualquier tipo de redención fatua, resurrección o solución. Aquí sólo te sientas, ni siquiera escuchas, ya que realmente no hay nada que el cosmos trate de comunicarse a si mismo. Debo darme cuenta que no soy más que un caparazón seco de una cucaracha, o el ala de un insecto muerto desintegrándose.

Ahora todo es una mezcla, los sonidos del bosque se vuelven uno solo, como en la unidad del absoluto con la multiplicidad. Todo esta mas allá de la imaginación, más allá de las preguntas, después de que el vidrio que permanece entre el observador y el

universo, ha sido removido. Todo fluye en gran número y unidad. Algunas de las grandes hojas que conforman el techo están llenas de nidos de ratas. En la noche, las ratas corren de arriba a abajo por los postes, explorando la cocina, buscando migajas y pedazos de comida. Pedro ha tratado de cazar estas ratas, pero son muy difíciles de atrapar.

Debe ser una de las últimas ilusiones espirituales del mundo moderno, la idea de que a través del arte alguien puede ser redimido de la mediocridad. El magnífico pensamiento de Proust de que su vida podía ser llevada a la trascendencia a través de la literatura, es más bien como el desesperado San Francisco inclinándose, suspirando, destruyéndose a sí mismo a través de su deseo de identificarse con Jesucristo, para ser estigmatizado con los mismos huecos en sus manos causados por clavos llenos de sangre. Pero Van Gogh solo sufrió; permaneció siempre en la línea y creó un arte glorioso como lo hizo Shelley o Beethoven. Sin embargo, sus almas no fueron más salvadas que la de San Francisco, ni tampoco viven en eterna beneficencia debido a sus dolores y triunfos terrenales. Sus martirios no afectaron sus almas como sí los huesos de San Francisco de Asís que se desintegraron de alguna forma diferente a cualquier hueso humano o animal.

Y así realmente, uno puede pasar la vida buscando dinero, gratificación sexual, poder, o cualquier cosa que lo excite. Pero por supuesto que eso no funciona, ya que muchas personas que han dedicado sus vidas a estos fines en todos los períodos históricos no siempre han terminado siendo felices del todo. En realidad, probablemente la gente se deja llevar por sus impulsos temperamentales desde su temprana niñez, y continúan así, sin importarles lo que piensan o crean en cualquier momento. Estos impulsos temperamentales son presumiblemente una mezcla intrincada y un caos entrelazado, hecho de estructuras genéticas, experiencias, crianza, y el gran medio ambiente.

Una muy mala idea es dedicarse a mejorar la condición humana, expandir la libertad o la justicia humana, pelear en solidaridad con la gente que lucha con la opresión. Esta es una receta para ser odiados por todo tipo de personas, de seguro que cada motivación tuya será un malentendido – o, tal vez, entendida de manera que estén más allá de tus propios poderes de comprensión. Puedes estar absolutamente seguro del resentimiento y del desprecio de los otros, de la soledad, del fracaso y la desesperación, si eres tan tonto como para tratar de mejorar la condición de toda la humanidad, en tu corta, angosta, limitada y restringida vida. Aún algunas personas no son capaces de hacer otra cosa. Su miserable destino está sellado. Sufirán.

Por supuesto no hay un Dios, ni tampoco existe amor en el mundo como un principio o fuerza general dispersos. Sin embargo, como Nietzsche hubiera dicho, estas percepciones solo intensifican la búsqueda inflamable del individuo para expandir el amor en dondequiera que él o ella deseen hacerlo, de la mejor manera posible. De hecho, solo martirizan un poco más la sed de amor, y el suspirar por la expansión del mismo, donde quiera y como quiera que uno pueda expandirlo.

Shelley era como alguien que se ha acabado de enamorar todo el tiempo, flotando en éxtasis, en aire idealizado. Se sentía así con todo el mundo y con todo. Su amor y sus preocupaciones más serias envolvían todo lo que veía; era intensamente corajudo al mismo tiempo, listo para sacrificarlo todo. El mundo, tristemente, no estaba listo para él, pero no importa; otros aprendieron cosas de él tiempo después, particularmente Mahatma Gandhi.

Oh mi oro, mi delicioso aire, este cielo es mío, en la mitad de la noche. Oh, los insectos cantan tan maravillosamente; ah, siento joyas líquidas que se vierten sobre mí en el sonido.

La gente aquí en Mishana no es santa. Pero una madre como Magnolia hace estallar calidez de sus sonrisas, rasga el cielo con su risa y su bienvenida a toda vida. La alegría de la gente es maravillosa, la asquerosidad generalmente es despreciable. Hay muchos chismes mal intencionados, pero nunca vienen en muchas cantidades. La vida aquí es simple en forma, compleja en acción, profunda en recompensa.

Bueno, ¿qué tal si penetramos a los mares, o si volamos como gigantesco insecto dentro de las nubes o si aleteamos y nos caemos como otros ruidosos invertebrados en los charcos y pozos de la noche! ¿Qué quieres? ¿Qué buscas? Mariposas, moscas y mosquitos meten sus probóscides en el tallo de una planta, o en las vesículas de un limbo, o en la carne de alguna víctima. Es hora de dormir, cubiertos por toldillos, repelentes y sueños de chamanes.

NIGHT SPELLS, OR: LANDSCAPES OF THE MIND

In moments of enchantment, the air is full of magic, fireflies zig and zag through the pitch-black night, and other huge flying insects crowd round the pale flames of the candles, and the sounds of the jungle are as a many-sectioned orchestra of insects, birds, and frogs.

At such times the jungle all around rushes in with its infinite, heavy darkness, drowning our tiny space of candle-lights, at the same time as it sucks this magic womb-world outwards centrifugally, which wants to fly outwards and disperse into the infinite forests of night all around us.

One thinks of isolated witches' cottages deep in the forest, or of some magical temple like that of Sarastro's in *The Magic Flute*, immersed in forest; or of the house into which Sigmund stumbles at the beginning of *Die Valküre*. Isolated wooden houses in the wild woods must by definition be magical and supernatural, or else they would be instantly absorbed into the forest, like a speck of dust into a cloud, or a drop of water into an ocean.

Octavio Paz wrote of the magic moment after midnight, when everyone else is asleep, but when the poet starts to sing. This is also when the shaman enters into his visionary flights.

The Colombian writer German Arciniegas pictures the English political philosophers, such as Hobbes and Locke, sitting in front of wood fires on winter evenings, drinking ale and asking ultimate questions about human freedom, and whether God really appointed kings to rule on Earth. He imagines they arrived at their answers after long nights spent gazing, rivetted and enchanted by the flames, embers, and sparks of their English fires.

Perhaps when I was a child, I acted as a child and spake as a child; but when I became a man I did not put away childish things. On the contrary, an enchanted wood, a dream from beyond, music that comes from other realms, and the celestial spheres in the sky at night, not only retained, but intensified their wonder, amazement, and bafflement.

Now they have rebuilt the Old Bridge at Mostar, it is possible to enjoy the sight of it again, whether in photos from before or after its destruction. It is fascinating to read of the Sultan Suleiman's instructions issued in 1565 - thirty one years after Jimenez de Quesada founded Santa Fe de Bogotá - that the architect Hajrudin should design the bridge. There is at this moment an exhibition running in Zagreb, called 'The Old Bridge in Mostar'.

Here in Mishana, our house-keeper and friend Magnolia is very cross with the young man who has got her thirteen-year old daughter pregnant, not because he made her pregnant, but because of late he has been bragging to friends that the baby is not his, and that he is going to run away to Iquitos. But after a good talking-to, he seems to have changed his tune, and the couple seem, at least to the eye, to be quite happy together.

If there is real, palpable, sacred magic, as I felt at the top of a mountain near Rio de Janeiro during a Santo Daime ritual in a 'heaven', after taking Ayahuasca, when all present intoned and breathed the holy spirit "Cristo! Jesus, Cristo! Jesus", that was how it must have been for the early Christians, a small band of absolute fanatics scattered between Jerusalem, Damascus, Athens, Alexandria, and Rome.

The night-birds are so strange one feels transported into a realm of other, remarkable communication. The sounds, notes, so loud and clear through the dense night-air, make miraculous magic music, that no earthly musician could possibly compose.

I am nothing in the night, I have nothing, I am dispersed in the darkness. All that I was, all that I yearned for, is as the particles of darkness that surround me now. I have no contact with anyone I love, but that means nothing, as we are all part of the same ludicrous web of gems and jokes; I touch all, all touches me, with every breath I take, every sound I suffer to hear. I am alone, but as central to all as are my worst enemies.

Isn't it incredible that one can feel alone without being lonely and lonely without feeling alone? The first is not unpleasant at all, indeed it is very pleasant, for example, to be in a quiet jungle spot without anyone interrupting you. Whereas the second is merely a case of being lonely in a crowd!

Mmmm, the insects soften off, like woodwinds towards the end of a Schubert symphony. I can't help wondering what kind of character makes a politician or a statesman. There are remarkable types, like Alexander the Great, Julius Caesar, Napoleon, Winston Churchill, F.D. Roosevelt and so on. There are mediocrities, would-bes, like Thatcher, Blair or John Major. And there are real bad bastards, like Hitler, Stalin, George W. Bush, etc. There are failed idealists, like Robespierre or Lenin. And there was Alija Izetbegovic, a very tragic figure, not bad, but largely inappropriate for his moment in history.

In the depths of the night, not merely a mosquito nor an immense biting fly, but a huge wasp has just stung me. I feel venom pouring through my veins, from my shoulder down to my waist. I must stiffen up, and be quiet. I must be forever self-subjugatable here in this jungle enclave of ours.

In the night, the main magic pours into the mind; you are sitting wherever you are, the life-forces sing and jump all around you; yea within you. It is all beyond questioning, answering, or any kind of fatuous redemption, resurrection, or solution. Here you just sit, don't even listen, as there is nothing really that the Cosmos is trying to communicate to Itself. I should realize I am no more than a dried carapace of a cockroach, or a disintegrating wing of a dead insect.

It is all a mingling now, the forest sounds make up one, like the Unity of the One with the Multiplicity. It is all beyond wonder, beyond questions, after the glass has been withdrawn that stands between an observer and the Universe. All is merged into multiplicity and oneness.

Some of the huge leaves that make up the roof are full of rats' nests. The rats run up and down the poles at night, exploring the kitchen for crumbs and any other bits and pieces of food. Pedro has tried to spear these rats, but they are difficult to target.

It must be one of the last spiritual illusions of the modern world, the idea that through art someone can be redeemed from mediocrity. Proust's magnificent thought that his life could be raised to transcendence through literature, is rather like the desperate Saint Francis bending, yearning, destroying himself through his wish to identify with Jesus Christ, to be stigmatized with the same blood-nailed holes in his hands. But Van Gogh only suffered; he laid himself on the line and created glorious art, as did Shelley or Beethoven. Their souls were not saved however, any more than was that of Saint Francis; nor do they live in eternal beneficence because of their earthly pains and triumphs. Their martyrdoms affected their souls no more than the bones of Saint Francis of Assisi disintegrated in a form any different from that of other human, or indeed animal, bone.

And so really, one might as well spend one's life pursuing money, sexual gratification, power, or whatever kicks turn you on. But of course that does not work, as there are many people who have dedicated their lives to these ends in all historical periods, not always at all having turned out to be happy. Really, probably people are driven from early childhood by their temperamental drives, and continue thus, regardless of what they think or believe at any time. These temperamental drives, presumably, are an intricate mixture and interwoven chaos, made up of genetic structures, experiences, upbringing, and the wider environment.

The one thing that is a very bad idea, is to devote oneself to improving the human condition, expanding human freedom or justice, fighting in solidarity with people's struggles against oppression. That is a recipe for being hated by all sorts of people; for certain every motivation of yours will be misunderstood – or, perhaps, understood in ways that are beyond your own powers of comprehension. You can be absolutely sure of the resentment and dislike of others, of loneliness, failure, and desperation, if you are so foolish as to try to improve the condition of all humanity, in your short, narrow, limited, restricted life. Yet some people are unable to do otherwise. Their miserable fate is sealed. They will suffer.

Of course there is no God, nor is there love in the world as some general, dispersed principle or force. However, as Nietzsche might have said, these realizations only intensify the individual's burning quest to spread Love wherever he or she may wish to do so, as best he or she can. Actually, it only martyrizes further the thirst for, and the yearning to expand Love, wherever and howsoever one can.

Shelley was like someone who has just fallen in love all the time, floating in ecstasy, in idealized air. He felt like this with everyone and everything. His love and earnest concern wrapped around everything he saw; he was intensely courageous at the same time, ready to sacrifice all. The world, sadly, was not ready for him, but never mind; others learned things from him later on, most particularly Mahatma Gandhi.

O my gold, my delicious air, this heaven is mine, in the middle night. O, the insects sing so wonderfully; ay, I feel liquid jewellery pour upon me, in sound.

People here in Mishana are not saints. But a mother like Magnolia bursts warmth from her smiles, scrapes heaven with her laughter and her welcoming of all life. The jolliness of people is superb, the nastiness on the whole is negligible. There is a certain amount of bitchy gossiping, but it never seems to amount to much. Life here is simple in form, complex in action, deep in reward.

Well, what if we slip into the seas, or we fly like giant insects into the clouds, or if we flap or tumble like other loud invertebrates into the puddles and pools of the night! What do you want? Who do you seek? Butterflies, flies, and mosquitoes all poke their proboscises into a plant's stem, or the vesicles of a limb, or the flesh of some victim. It is time to sleep, covered in mosquito nets, repellents, and shamans' dreams.

LA DECISIÓN

Una mañana temprano el héroe de esta historia entró a mi mente mientras yo estaba tal vez tres cuartos dormido; así que fue realmente casi un sueño en el cual él se me apareció, vino a la vida y tomó algunas formas de la realidad. Yo no tenía, como Saint Pol-Roux, un letrero colgado fuera de la puerta de mi cuarto que dijera “Poeta Trabajando”, pero como el poeta proto-surrealista francés, estaba envuelto en una creatividad inconsciente mientras me encontraba enroscado en cama.

El héroe, un hombre de 35 años de edad, de Hamburgo, Alemania, era mitad alemán mitad colombiano. Su madre venía de Bucaramanga, la capital del departamento de Santander en el norte de Colombia. Había sido una jovencita bumanguesa típicamente hermosa quien se casó con un alemán en la década de 1970. Tuvieron un hijo, que creció con ellos y estudió derecho en Hamburgo.

Después de graduarse, el hijo practicó el derecho por algunos años, pero era profundamente infeliz con su profesión. Deseaba haber leído acerca de arqueología en su defecto, y deseaba ir a Colombia donde podría estudiar orfebrería prehispánica proveniente de los sitios arqueológicos de la costa caribe y de las altas planicies de la cordillera oriental. Fue durante los meses en los que el héroe de esta historia tomaba la decisión de dejar el derecho y viajar a Suramérica que llegó a la vida en mi mente que estaba en gran parte inconsciente. Además de su carácter, vi muy claramente una antigua pieza de orfebrería Sinú en forma de pinza de crustáceo, y una excelente pieza de oro Tayrona del siglo X. D.C., representando un hombre chamán con facciones de jaguar, poderoso y agresivo, con su cabello lleno de anillos y otras formas más extraordinarias.

Durante los meses en que nuestro héroe tomaba la decisión de ir a Colombia, los días iban y venían duramente. Para él, había muy poca diferencia en lo que pasaba, o en qué día llegaba a aterrizar en tal o cual humor o situación. El progreso, el desarrollo, y la decadencia eran para él solo ilusiones. Sentía que todo el mundo amaba y necesitaba a los otros; quienes estos otros sean es algo que constantemente se corta y cambia. Muchas veces se sentía como un hombre neandertal o un paleo-indio, en el sentido de que lo que hacía estaba absolutamente condenado; el futuro no tendría cabida en él de ninguna forma.

Tales pensamientos por parte del héroe estaban ciertamente influenciados por el stress en el que se encontraba mientras tomaba esta decisión tan importante.

El héroe de esta historia nació en un hospital alemán común y corriente; su padre estrechó las manos de su madre en el momento de su nacimiento de tal manera que sus falanges casi se rompen. Sin embargo, siete meses antes del nacimiento de nuestro héroe, su madre había abandonado el apartamento en el cual vivía normalmente con su esposo. Huyó hacia Sicilia donde estuvo aproximadamente 5 meses con algunas personas que ella y su esposo habían conocido en Kiel en

una ocasión. Retornó a Hamburgo solo dos meses antes de dar a luz, le contó a su hijo acerca de esto cuando ya había crecido, pero nunca le explicó exactamente porqué lo había hecho. El episodio permaneció por mucho tiempo en la mente de nuestro héroe y constantemente se preguntaba las razones por las cuales su madre lo había hecho. Esto estaba particularmente en la primera fila de su mente en el periodo en el cual estaba decidiendo dejar de practicar el derecho, dejar Hamburgo y Alemania e irse para Colombia.

THE DECISION

Early one morning the hero of this story entered my mind while I was perhaps three-quarters asleep; so it was really almost a dream in which he appeared to me, came to life, and took on some forms of reality. I did not, like Saint Pol-Roux, have a sign hung outside my bedroom door saying "Poet At Work", but like the French proto-Surrealist poet, I was engaged in unconscious creativity while curled up in my bed.

The hero, a thirty-five year old man from Hamburg, Germany, was half German and half Colombian. His mother came from Bucaramanga, the capital city of the Department of Santander in northern Colombia. She had been a typically beautiful Bucaramangan girl who married a German man in the 1970s. They had a son, who grew up with them and studied Law in Hamburg.

After graduating, the son practiced law for a good few years, but was deeply unhappy with his profession. He wished he had read Archaeology instead, and yearned to go to Colombia where he could study the pre-hispanic goldwork that comes from archaeological sites on the Caribbean coast, and on the high plains of the Eastern Cordillera. It was during the months in which the hero of this story was making his decision to stop practicing law and travel to South America, that he came alive in my largely unconscious mind. Alongside his character, I saw very clearly an early Sinu piece of goldwork shaped like the pincer of a crustacean, and a wild, Xth C A.D. Tairona golden piece, representing a shamanistic man with jaguar features, powerful and aggressive, his hair filled with rings and other more extraordinary shapes.

During the months when our hero was making his decision to go to Colombia, the days ground in and out; it really made very little difference to him what happened, or on what day he happened to land up in such and such a mood or situation. Progress, development, and decline were for him largely illusionary. Everyone loves and needs others he felt; who these others are is something that constantly chops and changes. He often felt like a Neanderthal man or a Paleoindian, in the sense that what he did was obviously doomed; the future would have no room for him at all.

Such thoughts on the part of the hero were certainly influenced by the stress he was under while making this most important decision.

The hero of this story was born in an ordinary German hospital; his father held the hands of his mother at the moment of his birth in such a manner that his finger bones were almost broken. Seven months before the hero's birth however, his mother had left the flat in which she normally lived with her husband. She ran away to Sicily, where she stayed about five months with some people she and her husband had met in Kiel one day. She returned to Hamburg only two months before she was due to give birth. She told her son about this when he had grown up, but never explained exactly why she had done it. The episode remained very much in our hero's mind however, and he constantly wondered about the reasons for his mother having done this. It was

particularly at the forefront of his mind in the period in which he was deciding to stop practicing law, leave Hamburg and Germany, and go to Colombia.

T

Una noche soñé que había estado con Alonso de Ojeda en marzo de 1510 cuando fundó San Sebastián de Urabá, el primer fuerte sobre la costa atlántica de Colombia construido por los españoles. Por supuesto esta tierra ni siquiera se llamaba Nuevo Reino de Granada aún, y mucho menos Colombia. En esta época era conocida simplemente como Tierra Firme. San Sebastián de Urabá fue destruida muy pronto por indígenas hostiles, pero por un corto tiempo fue asilo para el juego, la prostitución, la gastronomía desahogada y el consumo de vinos y aguardiente traídos desde España.

Pero nunca había estado allí realmente, ya que sólo llegué a la tierra que habría de llamarse Colombia 28 años después, con Sebastián de Belalcázar, viniendo desde Quito. Viví 10 años en Santa Fé de Bogotá, antes de ser puesto en prisión por traición y enviado nuevamente a Sevilla. Tuve el sueño de estar con Alonso de Ojeda en la fundación de San Sebastián de Urabá mientras aún vivía en Santa Fe. Después estuve en una prisión en las afueras de Sevilla por cuatrocientos años, hasta que fui liberado, finalmente, en 1948.

Me fui de España en septiembre de 1948 y vine a vivir a Inglaterra. Empecé a vivir nuevamente, por así decirlo, y pasé mi niñez en una ciudad situada al sur de Londres, llamada Esher. Muchos años después, cuando me fui a vivir a Bucaramanga, Colombia, recordé el sueño que había tenido hacía tanto tiempo en Santa Fe de Bogotá, estando con Alonso de Ojeda en 1510.

Alonso de Ojeda había montado su caballo, alzado su espada y había retado de forma colérica a cualquiera que se opusiera a la fundación de la ciudad y a su posesión de la tierra.

Mientras vivía en Bucaramanga planeé hacer un viaje a Urabá y conocer el lugar donde había sido fundado San Sebastián, pero debido a que las ocupaciones de mi trabajo no lo permitieron por algunos años, y no pude hacer el viaje, leí acerca de la historia colonial temprana de Colombia en varios libros. Fue durante la lectura de esos libros que me fasciné más y más por el tema, y los eventos que voy a describir sucedieron.

Como en ese tiempo yo trabajaba en la Universidad Industrial de Santander como profesor de estudios culturales, usaba la biblioteca para leer acerca de la historia colonial temprana de Colombia. Un día, mientras caminaba por el hermoso campus universitario para entrar a la biblioteca, una estudiante se me acercó y me hizo una pregunta extraordinaria.

“Excúseme, T, pero ¿podría saber algo?” dijo. “¿Si hubiera sido un conquistador español en el siglo XVI, hubiera preferido mujeres españolas, indígenas o esclavas africanas?”

“¡Dios mío qué pregunta!” exclamé. “¿De verdad?” La chica, que se llamaba Lucía, se reía, pero dijo: “Sí, por supuesto”.

“Bueno, probablemente todas en ocasiones distintas”, repliqué, y Lucía se rio más duro.

Nos acercamos a la entrada de la biblioteca, entonces le pregunté: “¿Adonde vas?”

“A la sección de historia”, contestó Lucía. “Oh, yo también”, dije, y subimos al tercer piso juntos.

Estábamos mirando los libros del mismo estante, cuando Lucía sorprendida dijo: “¡Mire esto!”, y observé la página del libro que tenía abierto. Ésta mostraba un viejo mapa del departamento de Santander, antes que fuera llamado así, en los tiempos coloniales. Cerca de la ciudad de Bucaramanga había una pequeña cruz, que parecía que tuviera el significado de una tumba o un cementerio.

“Bueno, ¿Qué pasa?” pregunté. “Es sólo una cruz”. “Lo sé”, dijo Lucía. Quiero ir allá y saber lo que significa”.

Me quedé en la biblioteca por algunas horas leyendo más sobre historia colonial de Colombia. Lucía se fue como media hora después a clase, pero me aseguró que me contaría lo que supiera acerca del significado de la cruz en el mapa. “Bueno, seguro”, dije. “La próxima vez que nos veamos”.

Algunos días después me encontré a Lucía en la universidad. Estaba supremamente blanca, y con una expresión de terror en su cara. “Hola”, le dije. “No luces muy bien”. Lucía sacó papel y lápiz de su bolso y escribió:

“He perdido mi voz y no podré hablar nuevamente.” “No puedo explicar lo que me pasó cuando salí de Bucaramanga a encontrar el lugar donde había una cruz en el mapa”.

Los cuatrocientos años que pasé en prisión cerca de Sevilla fueron más bien como los eones que el *djin* del cuento de “Las noches de Arabia” pasó en una botella en el fondo de un río. Al principio, la actitud del *djin* era: “Si alguien encuentra la botella en la que estoy, y me rescata, le daré todo lo que pueda; todos los tesoros que pueda agarrar con mis manos, todo el oro, todo el dinero, todas las mujeres hermosas, todos los grandes palacios o casas que pueda encontrar”. Pero al pasar los siglos y los milenios, se volvió amargado y empezó a pensar así: “Si alguien saca la botella del río y me libera, mandaré maldiciones hacia él, lo haré sufrir toda pena y dolor, miseria y dificultades. Luego lo pondré en la botella, y lo lanzaré lejos en el río donde se hundirá hasta lo más profundo.

Una vez en 1651, escapé de prisión. Estaba en mi celda una tarde, como de costumbre, cuando un guardia entró a hacer una inspección de rutina para ver si yo tenía algún arma u objeto útil para mí. Estaba sentado en mi banco de madera, y por un momento el rudo guardia me dio la espalda, mientras revolcaba los objetos de la esquina opuesta. Observé las llaves que colgaban de una cadena en su cinturón de cuero, pero al mirar la puerta de la prisión me di cuenta de que estaba entreabierta. No tenía sentido tratar de encerrar al guardia en la celda, así que simplemente me escabullí mientras aún se encontraba mirando hacia otro lado. Llevaba puestos unos suaves zapatos de cuero, así que no hice sonido alguno, y giré hacia la derecha cuando estuve fuera de la celda, y corrí. Me encontré en un largo y mal iluminado corredor, y tan pronto como llegué a una pequeña alcoba a la derecha de éste, paré y me escondí en ella. El

guardia no se dio cuenta de que yo había salido de la celda y me había escondido en la alcoba. En mi escondite, vi en la penumbra como miraba hacia la derecha y a la izquierda fuera de la celda, luego salió apresurado hacia la derecha en dirección mía, para luego parar, y correr hacia la dirección opuesta.

Cuando el guardia pareció haberse alejado lo suficiente, me devolví por la dirección por la que había corrido ya. No paré ni disminuí mi paso por varios minutos, hasta que vi una puerta abierta con dos guardias fuertemente armados a cada lado. No había donde esconderse, sabía que no podía volver, así que decidí hacerles una jugada a los guardias, y salir. Reduje la velocidad sólo un poco cuando me les aproximé, y señalé hacia fuera gritando: “¡Se han escapado unos prisioneros! ¡Uno de los guardias ha sido asesinado!” Esto fue suficiente para desorientarlos por un segundo, giraron sus cabezas para mirar hacia fuera y yo pasé corriendo. No tenían sus afiladas y malvadas garrochas listas en ese momento, así que salí a plena luz del día a un gran patio, y corrí tan rápido como pude hasta una pared. La pared era como de cuatro metros de alta, entonces giré a la derecha y seguí corriendo a lo largo de ella. Una vez sentí que estaba lejos de la puerta de donde había escapado, miré a mi alrededor y vi un montón de desechos de cocina apilado contra la pared. Corrí hacia allí y como pude me introduje en la montaña de verduras podridas, frutas, carne y pescado, donde me acosté, me quedé quieto, y permanecí escondido.

Allí estuve hasta que llegó la noche, y creo que fue hasta después de la medianoche que salí gateando de la montaña de basura descompuesta. Me devolví hacia la pared exterior; había suficiente luz de luna como para inspeccionarla; había parches ásperos y huecos entre las rocas que podían servir como posa pies. Así que escalé la pared, más en locura frenética que con un plan coherente, hasta que llegué a la parte más alta, donde me puse de pie y miré alrededor. Un poco más hacia adelante a la derecha parecía haber un montón de arena apilada contra la pared en la parte de afuera. Caminé en puntas de pies hacia él. Una vez allí salté hacia abajo.

Mi aterrizaje no fue tan fuerte, la arena estaba bastante suave. Continué corriendo en la misma dirección, cerca de la pared, ahora en la parte exterior. Seguí y seguí, por huertas de frutales, pasé establos y corrales, bajo la apacible luna, escuchando pollos, perros ladrar y ocasionalmente algunas voces. El día empezó a rayar, y me encontré parado en un cerro desde donde podía ver un puerto. Había barcos de todo tamaño, así que me dirigí hacia allá.

Pasé algunos días en el puerto, recogiendo pedazos de prendas de vestir, para poder deshacerme de las odiosas ropas que tenía en prisión. Un marinero me regaló unos pantalones; le robé un par de buenas botas a un borracho que dormía, que por suerte me vinieron. Pude conseguir comida, y en algún tiempo conocí a un grupo de marineros que había encontrado trabajo en un barco que andaba de puerto en puerto por el Mediterráneo, llevando bananos, naranjas, vino, aguardiente y ollas de metal. Subí a bordo con los marineros y fui tomado como uno más de la tripulación.

Dejé el barco en Alejandría, Egipto. Viajé tierra adentro por un camino que llegaba a un pueblo llamado Al Jaboula, donde sentí que podía, por así decirlo, mezclarme con la gente, fuera del alcance de cualquier tipo de autoridad perturbadora. Aquí conocí a una hermosa chica llamada Amal, de la que me enamoré. Nos casamos, y tuvimos una

familia de dos niñas y un varón. Me gané el pan enseñando los idiomas que sé hablar: español, portugués e italiano, que estaban todos en demanda considerable ya que los comerciantes en particular querían que sus hijos los aprendieran, pues podrían serle útiles más tarde cuando viajaran por negocios familiares.

Después de vivir cerca de diez años en Al Jaboula, fui un día a Alejandría en mi caballo y carreta, a comprar víveres para mi familia. Estaba frente a un puesto de ollas, considerando comprar algunas, cuando un hombre me golpeó por la espalda con un palo y caí inconsciente en un caño. Aparentemente estuve allí por un rato hasta que fui llevado a un hospital. Al despertar me encontré al cuidado de unas monjas ortodoxas griegas. Fui alimentado, bañado y atendido por uno o dos días, y planeaba dejar el hospital al siguiente día después de una buena noche de sueño.

Bueno, me dormí, pero cuando desperté no estaba en Alejandría, sino en mi miserable banca de madera en mi prisión en España. No había escapado; todo había sido un sueño. Todavía tenía casi tres siglos más que soportar antes de ser dejado en libertad, y pudiera viajar a Inglaterra para volverme un niño nuevamente.

Fue durante unas vacaciones de verano en Esher, cuando tenía como nueve años, que hice mi primer viaje a otro planeta. Estaba jugando un día en Western Green, un pedazo de tierra comunal que tenía un significado mágico para mí, y subí a lo más alto de un hermoso roble. Algunas veces saltaba desde allí hasta la tierra, para probar mi valentía y resistencia, pero en esta ocasión simplemente me senté en la rama más alta del árbol, mirando la tierra y los bosques, y entré en trance. De alguna forma me encontré elevándome del árbol hacia el cielo, a través de un profundo y cálido parche azul entre las nubes blancas, muy lejos de la tierra. Seguí elevándome por horas y horas, siempre más rápidamente. Pasé por planetas, lunas, asteroides, grupos de rocas y toda forma de partícula o terrón inorgánico, seco, silencioso, frío, excitante y terrorífico, hasta que descendí suavemente, a un planeta que desde la distancia parecía de un azul grisáceo brillante, aunque la tierra a donde llegué era un tipo de polvo plateado resplandeciente. Me encontré sentado en este suelo plateado, mirando lo que parecía una cadena montañosa de picos extremadamente puntiagudos, tal vez a unas cien millas de distancia. Volteé a mirar hacia atrás, y en esa dirección parecía haber un lago, con una superficie brillante y trémula. Me puse de pie para observarlo desde un punto más alto y favorable, y empecé a pensar que debía ser un lago de mercurio líquido, o alguna sustancia similar. Pensé en lo hermosa que era la vista allí, sus brillantes y luminosos tonos de color resplandeciendo débilmente y ondeando. No estaba seguro si las ondas se movían realmente por la superficie, o si el efecto era debido a reflejos de la luz que venían del cielo, porque cuando miré hacia arriba, vi para mi asombro que este planeta estaba iluminado por tres soles, o al menos tres esferas que vertían una luz amarillenta sobre el planeta tal como nuestro sol lo hace sobre la Tierra.

Empecé a caminar en la dirección del lago de mercurio. Caminé por largo tiempo, pero no parecía acercármele. Tal vez era un espejismo, empecé a preguntarme. Después de algún tiempo vi cosas como rocas a mi izquierda, y empecé a caminar hacia ellas.

Ciertamente eran rocas, y cuando me acerqué a ellas vi que se encontraban alrededor de la entrada a una cueva. Caminé hacia la cueva y encontré que el suave y plateado suelo se transformaba en una superficie más dura, de un color púrpura oscuro; era algún tipo

de roca que estaba cubierta con una capa de polvo púrpura muy delgado.

Entré a la cueva, y encontré que la tierra descendía. Todo se volvió oscuro, pero enseguida noté que había luz proveniente del techo. Era como si las rocas fueran transparentes, y dejaran entrar la luz desde arriba, o, que la roca misma emitiera luz. Mientras descendía mucho más en las profundidades de este planeta, encontré que todo se volvía más brillante, y no más oscuro. No podía entender por qué el mundo subterráneo en el que entraba era tan brillante, pero así era, y empecé a darme cuenta que muchos objetos en él tenían colores extraordinarios. Había rocas de color púrpura, azules, marrones, verdes y rojas. Había objetos ovalados, del tamaño de pelotas de rugby gigantes, en algunos casos de color azul y otros amarillos. Les di unos golpecitos

para ver de que estaban hechos - no eran rocas ni madera. Después de caminar por algunas horas, llegué a un área donde había cosas en forma de árbol, con troncos que salían de la tierra hasta alcanzar un follaje de color púrpura azulado. Cada parte parecía tener varios troncos, y era plano y tenía cerca de treinta centímetros de ancho. De algunos de estos árboles colgaban frutas redondas - estaba seguro de que eran frutas - y tenían los más brillantes, translúcidos e incluso psicodélicos colores con todas las longitudes de onda del espectro visible. ¡Qué hermosas eran! En el completo silencio de este planeta, parecían hacer una mágica e inaudible música.

Caminé por muchas horas, y empecé a darme cuenta que la noche no llegaba porque los tres soles en el cielo casi no se habían movido. Probablemente la oscuridad vendría si los tres soles se perdieran en el horizonte, pero no podía adivinar si esto iba a suceder, y con qué frecuencia.

Entonces cuando me sentí muy cansado me acosté en la tierra púrpura y entré en el sueño más profundo de mi vida.

Cuando desperté, supuse que había dormido cerca de diez horas, pero no tenía reloj, pues sólo tenía nueve años en 1957. Empecé a caminar nuevamente, en la misma dirección de antes, hasta que entré a un espacio similar a un bosquecillo - porque daba una sensación de intimidad, y había menos árboles y eran más delgados - donde vi algo que me congeló de asombro, emoción y miedo. Había seres vivientes moviéndose entre los árboles, recogiendo las redondas frutas y comiéndoselas. Eran cortos de estatura y gruesos, se sostenían en dos piernas, pero tenían cuatro brazos a cada lado, es decir ocho en total. Usaban dos o tres manos en cada lado a la vez (y cada una tenía veinte dedos) para recoger las frutas y ponerlas en sus enormes bocas. Eso sí, sus bocas eran enormes en comparación a su cabeza y eran como grandes huecos circulares en sus caras. No tenían nariz, pero sí dos ojos grandes y redondos de color anaranjado. Sus cuerpos, extremidades y cabezas eran en su mayoría marrones, como los osos de peluche de los niños del planeta Tierra.

Estos seres eran muy silenciosos, pero emitían un suave chasquido al masticar. Me acerqué a ellos pero no se dieron cuenta que yo estaba allí. Continuaron recolectando las frutas y comiéndoselas, y era como si yo fuera invisible. Caminé muy cerca de algunos de ellos, pero parecían no estar conscientes de mi presencia.

Años más tarde cuando recordé este encuentro, me pregunté si estas criaturas eran animales pacíficos similares al mono, o algo mucho más extraño. Estudiaba etología en la universidad de Cambridge por el tiempo en que Jane Goodall se hizo famosa por su investigación sobre chimpancés. ¡Cómo deseé haber tenido la oportunidad de visitar ese planeta nuevamente! Oh, ¡cuán diferente hubiera sido mi aproximación a esa fenomenal experiencia de conocer seres vivientes de un mundo diferente!

Me quedé en ese espacio boscoso por lo que pudieron ser dos días, pues me sentí cansado y dormí por lo menos dos veces antes de empezar a caminar nuevamente. Muy pronto el oscuro, púrpura y rocoso suelo dio paso a un polvo muy liviano y verde que se levantaba en grandes nubes cada vez que pisaba, por ser tan livianos y pequeños estos granos de polvo. Sentí que descendía aún más profundamente en el planeta, a pesar de que el rocoso techo de la gran cueva permanecía a la misma distancia sobre mí, y la luz ambiente con la misma intensidad. Después de un tiempo llegué a un lugar que parecía un cráter, no muy ancho en diámetro, pero aparentemente muy profundo. De hecho era imposible ver el fondo por lo profundo que era, y por lo oscuro. Parecía haber un líquido negro y aceitoso allá abajo, que emanaba una extraña bruma gris azulada. Me senté en el borde del cráter, y mirando el negro líquido de su fondo en un estado casi de trance, sentí que algún tipo de influencia que no podía definir y que me era desconocida se ejercía sobre mí. Era como si algo cambiara los circuitos de mis neuronas y me hiciera pensar diferente. Empecé a sentir, por ejemplo, que no tenía sentido seguir caminando por este planeta; más bien me sentaría donde estaba y dejaría que pasara lo que tenía que pasar. Empecé a sentir que no tenía sentido esforzarse por algo, ya pues todos los eventos estaban fijos ya en el espacio-tiempo; todo no estaba exactamente predeterminado, pero ya existía, y entonces ¿por qué forzar las cosas para encontrar algo que de todas maneras ya viene hacia uno?

Años más tarde cuando estudié filosofía, y enfrenté asuntos como el libre albedrío y la determinación, y la filosofía de la ciencia, con sus preguntas concernientes a las implicaciones de la física del siglo XX – especialmente la relatividad y la teoría cuántica – recordé la sensación que había tenido sentado en el borde de ese cráter. Era como si hubiera experimentado existencialmente algunas de las más profundas cuestiones de la filosofía y la metafísica.

Una vez, durante los diez años que viví en Santa Fe de Bogotá en el siglo XVI, me fui de viaje en compañía de Gonzalo Jiménez de Quesada, el fundador de la ciudad, a Honda. El gran conquistador debía ir a Honda, un puerto sobre el río Magdalena, para inspeccionar el arribo de nuevas tropas españolas y nuevo equipamiento incluyendo arcabuces y espadas. Un número de importantes funcionarios, también soldados e indígenas, lo acompañaron en el viaje, así como ciertos individuos escogidos por ser expertos en algún área en particular. Yo era conocido en Santa Fe de Bogotá como

peletero – a pesar de que ese no era mi principal ocupación – y fui llevado en caso de que Jiménez de Quezada me necesitara.

Un día me encontré cabalgando mi caballo cerca del gran conquistador, cuando para mi sorpresa el normalmente taciturno horripilante viejo se volvió y me preguntó mi nombre.

“Realmente, ¿T?” dijo, a mi respuesta.

“¿Y cuánto tiempo has estado en Santa Fé?”, preguntó.

“Desde el principio”, repliqué.

“Estuve con Sebastián de Belalcázar en 1538”.

Jiménez de Quesada frunció un poco el ceño pues Belalcázar había sido su gran rival por la fundación de Santa Fé de Bogotá. Sin embargo continuó hablándome cortésmente.

“¿Que tan bien conoces a Honda?”, preguntó.

“No muy bien, pero me he quedado allí”, repliqué.

“Bien, el pescado y el vino son buenos; tal vez cenemos juntos una noche”, haciendo su ofrecimiento graciosamente. Asentí con mi cabeza en aceptación respetuosa, pero en ese momento uno de sus acompañantes cercanos cabalgó hacia Jiménez de Quesada, y empezó a hablarle. Me retiré y eso acabó la única conversación que tuve con él.

Durante las siguientes cinco semanas que pasé en Honda, escuché una cosa interesante. Cené una noche con un fraile franciscano – no con Jiménez de Quesada - quien me contó ciertas cosas acerca de la Biblia que no conocía. Lo más interesante que dijo, que era absolutamente nuevo para mí, era que los apóstoles Mateo, Juan, Lucas y Marcos nunca habían conocido a Jesucristo. Escribieron sus evangelios muchos años después de la crucifixión de Cristo, y sólo pudieron saber acerca de la historia de Jesús a través de otras personas que lo conocieron.

Mientras estaba en el barco que navegaba de Sevilla a Alejandría, después de haber escapado de la prisión, varias cosas extraordinarias me pasaron. Por ejemplo, un día se me ordenó lavar la cubierta, pero mientras lo hacía, dos hombres de la tripulación empezaron a discutir cerca de donde yo estaba, y como la discusión se volvió física se acercaron dando tumbos hacia mí. Muy rápidamente fui inmerso y sumido en una espantosa pelea, y en el proceso de tratar de salir de ella, fui apuñaleado en un brazo. Mi herida no fue seria, pero fue suficiente para que me llevaran al pabellón de enfermos, donde el doctor del barco me vendó el brazo. Mientras estaba en la litera, sintiéndome un poco mareado pero no con gran dolor, el doctor empezó a hablarme.

“¿Es usted un hombre educado?” me preguntó.

“Bueno, depende de lo que usted defina como ‘educado’”, respondí.

“Quiero decir, ¿sabe el griego y el latín?”.

“Un poco”, dije.

“¿Conoce usted los poetas de Grecia y de Roma?”

“Sí, algunos de ellos”, repliqué.

Safo, Píndaro, Esquilo por ejemplo y Ovidio, Virgilio y Catulo, continué.

“Muy bien” dijo el doctor. “¡Venga conmigo!”

Cuando me había recuperado un poco de la pérdida de sangre, el doctor me levantó, y me guió al interior de un corredor, a donde llegamos a la cabina de un oficial. El doctor tocó a la puerta, y en respuesta a un abrupto grito, la abrió y me hizo entrar.

“Él es T”, le dijo al oficial. “sabe más de versos en latín que usted, y usted tendrá que devolverme mi dinero”.

“¡Oh, no!”, replicó el oficial, agitando sus manos en aire. “No estoy de humor para poesía antigua”.

El doctor sacó un cuchillo de aspecto agresivo, y lo colocó en la garganta del oficial.

“Está bien”, contestó el oficial, “pero al menos recite versos modernos”.

“¿Sí?”, dijo el doctor mirándome. Yo asentí.

“Bueno, ¿quien escribió La vida es sueño?”, preguntó el oficial.

“Calderón”, respondí.

El oficial me miró horriblemente, y acercando su cara a la mía gritó;

“¿Y quién escribió:

‘Ser o no ser,

esa es la cuestión?’”

“William Shakespeare”, grité.

“Entonces me rindo”, dijo el oficial y sacó unas monedas de su bolsa, y se las dio al

doctor.

“Usted es un caballero”, dijo el doctor, muy sorprendido y en gran alivio.

“Yo sé”, replicó el oficial. “Y aún más tonto también”.

Después de este extraño encuentro, volví a mi litera. Tomé algunos sorbos de ron, y luego caí en un profundo sueño.

Cuando era un niño en Esher, caminaba hacia la escuela por lo que llamábamos la colina vieja, que en otoño se cubría de castañas o “conkers”, que caían en increíbles cantidades de los gigantescos árboles a ambos lados del camino. A medio camino, había una puerta de una antigua finca donde se abría un gran campo con hierba sin mantener, que siempre me parecía amenazadoramente salvaje y peligrosa. Algunos de los muchachos con los que yo caminaba hacia la escuela, cuando pasábamos ese portón, decían que ahí había un horrible hombre que vivía en ese gran campo, y que si los niños corrían por ahí, los atrapaba y se los comía. Una vez me atreví a ir unos cuantos metros dentro del campo – después de escalar, temblorosamente el portón. Casi podía oler la terrible amenaza del horrible hombre, aunque no lo pude ver.

A pesar de que nunca vi al horrible hombre, tenía una fuerte idea de él en lo profundo de mi mente, aunque no era una imagen visual muy clara. Su cabeza era grande, tenía una figura borrosa y permanentemente oscura como si estuviera escondido en las sombras. Normalmente se movía con pesadez con su horrible caminar, pero si veía a un niño o una niña, empezaba a correr terriblemente rápido hacia él o ella, y podía alcanzarlos fácilmente sin importar la distancia, a menos que estuvieran muy cerca al portón que llevaba al camino de la colina vieja. Allí el niño o niña podía escapar, pero si no, sería atrapado por el horrible hombre quien se lo llevaría aún con vida, para descuartizarlo después de llevarlo detrás de un cobertizo que se encontraba en el medio de ese feo y amplio campo. Allí una vez descuartizado, el niño sería devorado por ese horrible hombre, sin dejar ningún rastro de él. Nadie sabía que había pasado con los niños que desaparecían de este modo, ya que nadie nunca los vio ser perseguidos y capturados por el espantoso malvado.

Cuando uno llegaba a la cima de la colina inmediatamente veía, a través de algunos densos árboles, la verde plaza de Esher, al otro lado del cual se encontraba la escuela, y justo al lado, la iglesia de Esher. Era una hermosa iglesia, blanco-grisácea, que te reconfortaba mirar después de que uno había pasado el campo donde el horrible hombre vivía.

Fue mientras caminaba a través de la plaza del pueblo, una mañana, hacia mi escuela, que fui lanzado hacia el cielo por un intempestivo viento, y me encontré volando extremadamente rápido hacia otro planeta. No era el mismo planeta que había visitado antes; éste era tan negro como el hollín y parecía muy áspero desde la distancia. Pero

cuando llegué a él, pensando que me iba a ser añicos con el impacto, fui sorprendido al encontrar que no era sólido, así que simplemente pasé por él como si fuera un gas oscuro. Volé por días a través de la total oscuridad sin saber a dónde iba o a dónde llegaría, ni siquiera lo que me impulsaba.

Cuando salí de la oscuridad me encontré en un profundo espacio negro, alejándome estruendosamente del negro planeta hacia un enorme número de estrellas brillantes, titilantes, resplandecientes y apiñadas.

T

I dreamt one night that I had been with Alonso de Ojeda in March 1510 when he founded San Sebastián de Urabá, the first fort on the Atlantic coast of Colombia to be built by the Spanish. Of course the land had not even been named Nuevo Reino de Granada yet, let alone Colombia. At this stage it was simply known as Tierra Firme. San Sebastián de Urabá was soon destroyed by hostile Indians, but for a short while it was a haven of gambling, prostitution, heavy eating and drinking of wines and *aguardiente* brought across from Spain.

But I had never really been there at all, as I only came to the land that would later be called Colombia twenty eight years later, with Sebastián de Belalcázar, from Quito. I lived for ten years in Santa Fe de Bogotá, before I was imprisoned for treason and shipped back to Seville. I had my dream about being with Alonso de Ajeda at the founding of San Sebastián de Urabá, while I was still living in Santa Fe. Afterwards I was in a prison outside Seville for four hundred years, until I was released, finally, in 1948.

I left Spain in September 1948 and came to live in England. I started life again so to speak, and grew up as a child in a town situated south of London, called Esher. Many years later, when I went to live in Bucaramanga, Colombia, I remembered the dream I had had so long before in Santa Fe de Bogotá, about being with Alonso de Ojeda in 1510.

Alonso de Ojeda had mounted a horse, raised his sword, and bawled out a challenge to anyone who might oppose his founding of the city and his possession of the land.

While living in Bucaramanga, I planned to make a journey to Urabá and see where San Sebastián had been founded so long before. But as I was kept busy with my work for several years, and could not make the trip, I read about the early history of colonial Colombia in various history books. It was in the course of reading those books, during which time I became more and more fascinated in the subject, that the events I am about to describe took place.

As I was at that time working at the Industrial University of Santander as a professor of Cultural Studies, I used the University library to read about the early colonial history of Colombia. One day, as I was walking across the beautiful University campus to enter the library, a student came up to me and asked me an extraordinary question.

“Excuse me, T, but could you let me know something,” she asked. “If you had been a Spanish *conquistador* in the sixteenth century, would you have preferred Spanish, Indian, or African slave women?”

“My God, what a question!” I exclaimed. “Are you serious?” The girl, whose name was Lucia, was laughing, but she said: “Yes, of course!”

“Well, probably all of them at one time or another,” I replied, and Lucia laughed more loudly.

We were approaching the entrance to the library, so I asked: “Where in the library are you going?” “To the History Section, Lucia answered. “O, so am I,” I said, and we went together to the third floor.

We were browsing at books on the same shelf, when Lucia suddenly let out a long howl. “Look at this!” she cried out, and I looked at the page of the book she had open. It showed an old map of the Department of Santander, before it was called that, in colonial times. Near the town of Bucaramanga was a small cross, that looked as if it most probably signified a grave or graveyard.

“Well, what about it?” I asked. “It’s just a cross.” “I know,” said Lucia. I want to go there, and see what it means.”

I stayed in the library a few hours reading more about the colonial history of Colombia. Lucia left after about half an hour to go to a class, but said she would tell me when she had found out what the cross on the old map had meant. “Okay, certainly do that,” I said. “Next time we meet.”

Sure enough, a few days later I bumped into Lucia again in the University campus. She was ghostly white, a terrified expression on her face. “Hello,” I said. “You don’t look very well.” Lucia got out a piece of paper and a pen from her bag, and wrote this down:

“I have lost my voice and will never be able to speak again. I cannot explain what happened to me when I went outside Bucaramanga to find the place where there was the cross on the map.”

The four hundred years I spent in a prison near Seville, were rather like the eons that the *djin* in “The Arabian Nights” story spent in a bottle at the bottom of a river. To begin with, the *djin*’s attitude was: “If someone finds the bottle I am in, and rescues me, I will give him everything I can; all the treasure I can put my hands on, all the gold, all the money, all the beautiful women, every palace or grand house I can find.” But as the centuries passed, and then the millennia, he became bitter, and started to think in the following way: “If someone fishes this bottle out of the river, and lets me out, I will heap curses upon him, make him suffer every woe and pain, every misery and hardship. Then I will put him into the bottle, and throw it far out into the river, where it will sink deep down to its bottom.”

Once, in 1651, I escaped from the prison. I was in my cell one afternoon, as usual, when a prison guard came in to make a routine search to check I had not been able to obtain a weapon or some other useful item. I was sitting on my wooden bed, and for a moment the surly old guard turned his back to me, while he fumbled around in the far corner. I looked at the keys hanging on a chain from his leather belt; but a glance at the prison door showed me it was anyway open a jar. There was no point in trying to lock the guard in the cell, so I just slipped out while he was still looking away from me. I had

soft leather shoes on, so I made no noise, and I turned right when outside the cell, and ran. It was a long, badly-lit corridor, and as soon as I came upon a little alcove to the right of it, I stopped and hid in it. The guard had not had time to realize I was gone, and that I had run out of the cell, before I hid in my alcove; hiding, I dimly saw him look right and left outside the cell, then rush a little to the right in my direction, only to stop and run back, and keep running in the opposite direction.

When the guard seemed to have got sufficiently far away, I belted off again in the direction I had been running in already. I didn't stop or slow down for several minutes, until I saw an open door with two heavily armed guards standing at each side of it, on the inside. There was nowhere to hide, I knew I could not run back, so I decided very quickly to bluff myself past the guards, and get outside. I slowed down only a little as I approached them, and pointed outside as I yelled: "Prisoners have escaped! One of your fellow guards has been killed!" This was enough to disorientate them for a split second, they jerked their heads to look outside; so I rushed past them. They did not have their sharp, evil pikes at the ready in that moment, so I got out into the daylight, into a large courtyard, and ran as far as I could till I reached a wall. The wall was about four metres high, so I turned right and kept running alongside it. Once I felt I was well out of sight of the door I had escaped from, I looked around me, and saw a huge heap of kitchen waste piled against the prison wall. I ran up to it, and pushed my way deep into the mountain of rotting vegetables, fruit, meat, and fish, where I lay down, stopped moving, and stayed hidden.

There I remained until night-time came, and I imagined it was well after midnight before I crawled out of the heap of rotting rubbish. I made my way back to the outer wall; there was enough moonlight to inspect it; there were rough patches and indentations between the stones which could serve as footholds. So I scrambled up the wall, more in frenetic madness than in coherent logical plan, until I got to the top, where I stood and looked around. A bit further on towards the right there seemed to be a heap of sand piled against the wall on the outside. I tip-toed my way towards it; once there I jumped down onto it.

My landing was not too hard, the sand was quite soft. I continued running in the same direction, close to the wall, now on the outside of it. I went on and on, through orchards of fruit trees, past barns and farmyards, under the mild moon, hearing chickens, dogs barking, and occasionally people's voices. Dawn began to break, and I found myself standing on a ridge from where I could see a port. There were ships of all kinds and sizes in it, so I made my way towards it.

I spent a number of days in the port, picking up bits and pieces of clothing, so I could discard the hateful clothes I had been wearing in prison. A sailor gave me some trousers; I stole a pair of strong boots off a drunk man asleep, which luckily fit me well. I was able to find food, and in due course fell in with a group of sailors who had found work on a ship that ploughed its way from one port to another on the Mediterranean, carrying bananas, oranges, wines, *aguardiente*, and metal cooking pots. I went on board with the sailors, and was taken on as one of the crew.

I left the ship in Alexandria, Egypt. I travelled inland some way, to a small town called Al Jaboula, where I felt I could melt away so to speak, out of sight of all kinds of disturbing authority. Here I met a beautiful girl called Amal, with whom I fell in love.

We married, and had a family of two girls and a boy. I earned a living teaching the languages I can speak: Spanish, Portuguese, and Italian were all in considerable demand. Merchants in particular wanted their sons to learn these, which would be useful when later on they were to travel for their family businesses.

After living about ten years in Al Jaboula, I went one day by horse and carriage to Alexandria, in order to buy goods for my family. I was standing by a stall of pottery, considering how I might purchase some of it, when a man hit me from behind with a stick, and I fell unconscious into a ditch. I was asleep there for a few hours apparently, before being taken to a hospital. I regained consciousness to find myself being looked after by some Orthodox Greek nuns. I was fed, washed, and nursed for a day or two, and was planning to leave the hospital the next day, after one more good night's sleep.

Well, I went to sleep, but when I woke up I was not in Alexandria, but back on my miserable wooden bed in my prison cell in Spain. I had not escaped at all; the whole adventure had been a dream. I still had nearly three centuries more to endure before I would be let free from the prison, and could travel to England, to become a child again.

It was during a summer holiday in Esher, when I was about nine years old, that I made my first trip to another planet. I was playing one day on Western Green, a piece of common land that had quite a magical significance for me, and climbed to the top of a wonderful old oak tree. Sometimes I would jump from here to the ground, to test out my bravery and endurance, but on this occasion I just sat on the uppermost branch of the tree, gazing over the common land and woods, and sank into a trance. Somehow I found myself soaring up from the oak tree, high into the sky, through a deep warm blue patch in the white clouds, far above the earth. I carried on soaring and flying upwards for hours and hours, ever faster and faster. I flew past planets, moons, asteroids, clusters of rock and every form of terrifying, exciting, cold, silent, dry inorganic lump and particle, until I landed, quite gently, on a planet that was a light blue-grey from the distance, though the ground where I arrived was a kind of soft, silvery powder. I found myself sitting on this silvery ground, staring at what seemed like a mountain range of extremely pointed peaks, perhaps a hundred miles away. I turned to look behind me, and in that direction it seemed as if I was looking at a lake, with a shiny, shimmering surface. I stood up, to look at it from a higher vantage point, and began to think it must be a lake of liquid mercury, or some other very similar substance. I thought it was a most beautiful sight I was beholding, its brilliant, bright liquid tones of colour shimmering and rippling. I was not sure whether the ripples were really moving on its surface, or whether the effect was due to reflections from the light coming down from the sky. Because, when I looked up, I saw to my astonishment that this planet was lit up by three suns, or at least three orbs that poured bright yellowy light upon the planet just as our Sun does upon the planet Earth.

I started to walk in the direction of the mercury lake. I walked for a very long time, but did not seem to get any closer to it. Perhaps it was a mirage, I began to wonder. After some while, I noticed things like rocks to my left hand side, and started to walk towards them.

They were indeed rocks, and when I got closer to them I saw they surrounded the entrance to a cave. I walked towards the cave, and found the soft, silvery soil giving way to a harder surface, of a dark purple colour; it was some kind of rock, but was covered with a layer of purple dust, though only very thin.

I entered the cave, and found the ground going downwards. Everything became darker, but in due course I noticed that light was coming from the roof of the cave. It was as if the rock were transparent, and let in light from above; or, that the rock was itself emitting light. As I found myself descending ever further into the depths of this planet, I found if anything that everything became brighter – certainly not darker. I could not understand how the subterranean world I was entering was so bright, but so it was, and I began to realize that many objects in it had extraordinary colours. There were rocks coloured purple, blue, brown, yellow, green, and red. There were oval-shaped objects, the size of giant rugby balls, coloured in some cases blue, in others yellow. I tapped them to see what they were made of – they were not rock or wood. After I had walked for some hours, I came to an area in which tree-like things stood. Trunks came up from the ground, and reached a canopy of purple-blue. Each canopy seemed to have several trunks, and was flat and only about thirty centimeters thick. Some of these trees had round fruits hanging from their canopies – I was immediately quite sure they were fruits – and were coloured the most brilliant, translucent, even psychedelic colours from every wavelength of the visible spectrum. How beautiful they were! In the complete silence of this planet, they seemed to make inaudible, magic music.

I walked for many hours more, and began to realize that night was not coming, because the three suns in the sky had hardly moved at all. Presumably darkness did come if all three suns sank beneath the horizon, but whether that ever happened, and how often, I could not begin to guess.

And so when I became very tired, I lay down on the purple ground, and slept the deepest sleep of my life.

When I awoke, I guessed I had slept about ten hours, but I had no watch, being only nine years old in 1957. I started to walk again, in the same direction as before, until I entered a space like a grove – because it had an intimate feel, and the trees were fewer and thinner in it – where I saw a sight that froze me in amazement, excitement, and fear. There were living beings moving among the trees, picking the round fruits, and eating them. They were short and stubby, moved on two legs, but had four arms on each side, making eight in all. They used two or three hands on each side at a time – and their hands had twenty fingers each! – to pick the fruits and put them into their enormous mouths. That is, their mouths were enormous in relation to their heads, and were like huge circular holes in their faces. They had no noses, but two eyes they did have, again very large and round, coloured orange. Their bodies, limbs, and heads were generally brown, like children's teddy-bears on planet Earth.

These living beings were very quiet, but they did make a slight chomping sound as they ate. I walked closer to them, but they took absolutely no notice of me. They continued to pick the fruits and eat them, and it was as if I was invisible. I walked quite close to some of them, yet they still seemed not to be aware of my presence.

Years later when I looked back on this encounter, I wondered whether those beings had been a rather pacific, ape-like animal, or something much stranger. I was studying ethology at Cambridge University, around the time that Jane Goodall was becoming known for her research on chimpanzees. How I then wished I could have the opportunity to visit that planet again! O, how differently I would have approached that phenomenal experience of meeting living beings in a different world!

I stayed in that grove-like space for what must have been a couple of days, as I grew tired and went to sleep at least twice, before walking on once again. Shortly the dark, purple, rocky ground gave way to a very light green powder, that billowed out in great clouds with every step that I took, so light and tiny were the dusty grains. I felt I was descending ever deeper into the planet, although the rocky roof of the huge cave remained at the same distance above me, and the ambient light remained at the same intensity. After some time I came upon what seemed like a crater, not very wide in diameter, but seemingly extremely deep. Indeed it was impossible to see the bottom, so far down it was, and so dark; there seemed to be a black, oily liquid down there, that issued a strange greyish-blue mist. I sat by the edge of this crater, and looking down at the black liquid at its bottom in an almost trance-like state, I felt some influence working upon me that I could not define or put my finger on precisely. It was as if something was changing the circuits of my brain cells and making me think differently. I started to feel, for example, that there was no point in walking further on within this planet; I might as well stay sitting where I was and let whatever was destined to happen to me just happen. I started to feel there was no point in striving for anything, as all events were already fixed in space-time; all was not exactly predetermined, but already existing, and so why push one's way to find something that was coming towards you anyway?

Years later, when I studied philosophy, and came upon the issues of free will and determination, and the philosophy of science, with its questions concerning the implications of twentieth century physics – especially Relativity and Quantum Theory – I remembered the sensation I had had sitting at the edge of that crater. It was as if I had experienced existentially some of the deepest questions of philosophy and metaphysics.

Once, during the ten years that I lived in Santa Fe de Bogotá in the sixteenth century, I went on a trip in the company of Gonzalo Jiménez de Quesada, the city's founder, to Honda. The great *conquistador* had to go to Honda, a port on the Río Magdalena, to inspect the arrival of some new Spanish troops and a good deal of new equipment, including harquebuses and swords. A number of important functionaries, and also soldiers and Indians, accompanied him on the journey, as well as certain individuals who were chosen for some particular expertise they were known to possess. I was quite well-known in Santa Fe as a leather-worker – although that was not my main occupation – so I was taken along in case Jiménez de Quesada might need me.

One day I found myself riding on my horse nearby the great *conquistador*, when to my surprise the normally taciturn, grised old man turned to me and asked me my name.

“Really; T?” he said, to my reply.

“And how long have you been living in Santa Fe?” he asked.

“Right from the beginning,” I replied. “I was with Sebastián de Belalcázar in 1538.”

Jiménez de Quesada frowned slightly, as Sebastián de Belalcázar had been his great rival over the foundation of Santa Fe de Bogotá. Nevertheless, he continued to speak politely to me.

“How well do you know Honda?” he asked.

“Not well, but I have stayed there,” I replied.

“Well, the fish and wine are good; perhaps we will dine together one evening,” he offered graciously. I bowed my head in respectful acceptance, but at that moment one of his close companions rode up close to Jiménez de Quesada, and began to speak to him. I drew back, and that ended the only conversation I ever had with him.

During the following five weeks I spent in Honda, I learnt one interesting thing. I dined one night with a Franciscan friar – not Jiménez de Quesada! – who told me certain things about the Bible that I had not previously known. The most interesting thing he said, which was absolutely new to me, was that the Apostles – Matthew, John, Luke, and Mark – had never known Jesus Christ. They wrote their Gospels many years after Christ’s crucifixion, and could only have heard the story of Jesus’s life from other people who did know Him.

While I was on the ship that plied its way from Seville to Alexandria, after I had escaped from the prison, some most extraordinary things happened to me. For example, one day I was ordered to wash the decks, but as I was doing the job, two crewmen began to argue near where I was, and as the argument became physical, they spilled over towards me. Very quickly I was enmeshed, engulfed in an angry fight, and in the process of merely trying to extricate myself, I was stabbed in the arm. My wound was not serious, but it was enough for me to get taken to the sick deck, where the ship’s doctor bandaged my arm. As I lay on a bunk, feeling faint but not in great pain, the doctor began to talk to me.

“Are you an educated man?” he asked me.

“Well, it depends on how you define ‘educated’” I answered.

“I mean, do you know Greek and Latin?”

“A bit,” I said.

“Do you know the poets of Greece and Rome?” he asked.

“Yes, some of them,” I replied. “Sappho, Pindar, Aeschylus for example, and Ovid, Virgil, and Catullus,” I continued.

“Right,” said the doctor. “You’re coming with me.”

When I had recovered a little from my loss of blood, the doctor pulled me up, and guided me along an interior corridor, until we arrived at an officer’s cabin. The doctor knocked at the cabin door, and in response to an abrupt shout, he opened the door and pulled me in.

“This is T,” he said to the officer. “He can out-quote you in Latin verse, and you will have to give me my money back.”

“Oh no,” replied the officer, and waved his arms in the air. I’m in no mood for ancient poetry.”

The doctor pulled out a vicious-looking knife, and pushed it near to the officer’s throat.

“Alright,” relented the officer, “but at least make it modern verse!”

“Yes?” said the doctor, looking at me. I nodded.

“Well, who wrote “Life Is A Dream”?” asked the officer.

“Calderón,” I answered.

The officer looked nasty, and bringing his face very close to mine, he yelled:

“And who wrote: “To be, or not to be?
That is the question.””

“William Shakespeare,” I shouted back.

“Then I give up,” said the officer, and took out some coins from his purse, which he gave to the doctor.

“You are a gentleman,” said the doctor, most surprised and even more relieved.

“I know,” replied the officer. “And even more, a fool.”

After this strange encounter, I returned to my usual bunk. I had a good few swigs of rum, then fell into a deep sleep.

When I was a child in Esher, I walked to school up what we called the Old Hill, which in autumn was covered in horse chestnuts, or “conkers”, which fell in amazing quantities from the huge trees on both sides of the road. Half way up the Hill, there was an old farm gate that opened onto a very large field of un-maintained grass, which always seemed menacingly wild and dangerous to me. Some of the boys that walked to school past that gate would say there was a horrible man who lived in that large field, and that if children ever ran into it, he would grab them and eat them up. Once I dared to go a few yards inside the field – after climbing, in a trembling state, over the gate. I could almost smell the dreadful threat from the horrible man, though I did not see him.

Though I never saw the horrible man, I had a strong idea of him deep in my mind, though it was not a clear visual image. His head was large, and had a smudgy shape, and was permanently dark as if hidden in shadows. He normally lumbered along in a dreadful kind of walk, but if he saw a boy or girl, he started to run terribly fast towards him or her, and could easily catch up with him or her however far away he was, unless the child was very near to the gate that led onto the road up the Old Hill. Then the pursued boy or girl might escape, but otherwise he or she would be grabbed by the horrible man who would drag him or her off, still alive, and only rip him or her apart after he had dragged them behind a shed that stood in the middle of the big ugly field. There, once ripped into pieces, the child would be devoured by the terrifying man, and no remains would be left of him or her at all. No one ever knew what had happened to the child who disappeared in this way, as no one ever saw him or her being run after and captured by the ghastly fiend.

When you reached the top of the Hill you immediately saw, through some dense trees, the village green of Esher, on the other side of which stood the school, and next to that, Esher Church. It was a rather beautiful, whitish-grey church, quite reassuring to look at after one had been walking past the field where the horrible man lived.

It was while I was walking across the village green one morning, towards my school, that I was swept up by a sudden wind high into the sky, and found myself flying extremely fast towards another planet. It was not the same planet I had visited before; this one was as black as coal-soot, and looked very rough from some miles away, but when I came up to it, thinking I would be smashed to smithereens on impact with it, I was amazed to find it was not solid, so that I simply passed into it, as if it were a dark gas. I flew for days through pitch blackness, not knowing where I was going or where I would arrive at, nor even what was propelling me along.

When I burst out of the darkness I found myself in deep black space, hurtling away from the black planet towards enormous numbers of bright, sparkling, shimmering stars in huge clusters.

UNA FIESTA EXTRAÑA

No mucho después de que los invitados llegaron a una fiesta en una alta casa marrón de la calle Styair del distrito Qwawkle en Flamborough, se dieron cuenta de que de verdad habían sido invitados a una fiesta extraña. La casa tenía el número veintitrés, y como la mayoría de los hogares en la calle Styair, sus habitantes eran colombo-letones o patagón-taiwaneses. No eran malos anfitriones; por el contrario, en el momento en que los invitados llegaban en carruajes tirados por caballos, se les ofrecía un whisky o un aguardiente. Unos momentos después se les servían camarones o mejillones. Pero los invitados se dieron cuenta, aún al recibir estas delicias, de que los habitantes del 23 en la calle Styair del distrito Qwawkle no eran gentes comunes y corrientes. Daba miedo mirarlos, casi como la vieja pareja en la película de Polanski “El bebé de Rosemary”, quienes vivían en la casa de al lado de Rosemary y su esposo, y que supervisaban la concepción y el nacimiento del hijo del diablo.

Después de media hora o algo así que tardaron en acomodarse, los anfitriones, el doctor y la señora Harg, anunciaron a los invitados allí reunidos que todos los presentes debían formar “binarios opuestos” como ellos mismos los llamaron: debían formar parejas, pero debían asegurarse de que estas parejas no fuesen simplemente las que habían llegado juntas. Compañeros y esposos debían separarse por el momento, y los “binarios opuestos”, las nuevas parejas, en lo posible, no debían conocerse bien. Después de algunas risas, tal vez algunas nerviosas, los “binarios opuestos” se formaron debidamente, y el doctor y la señora Harg procedieron a explicar el propósito y las reglas del juego, o ejercicio, o acción en que se esperaba que las parejas participaran.

El mundo humano está totalmente alienado, explicaron el doctor y la señora Harg. Un aspecto de la condición abyecta de la sociedad moderna es la extrema fragmentación que prevalece, en términos de la forma como la gente lleva a cabo tareas o actividades extremadamente parciales, asegurándose de que todos habiten diferentes mundos mentales a los de sus vecinos, y que la gente junta no pueda hacer un todo en ningún sentido real. Al juntar arbitrariamente dos mónadas humanas, todo el mundo en allí presente se volvería más profundamente consciente de esta condición; la tarea de cada uno sería doble: primero convertirse en el “otro” de la pareja binaria en la cual ahora subsistían, y luego transformarse a sí mismos y transformar a sus compañeros de tal modo que cada uno se volviera un “otro” diferente cuya relación con su pareja fuera realmente armoniosa. A pesar de que cada miembro de las parejas permanecería diferente al otro, ahora formarían un tipo de patrón yin-yang entre ellos; y ellos, en relación a todos los otros, ahora pares yin-yang de binarios opuestos, formarían un patrón milagroso y holístico: no una pila fragmentada de arbitrarios trozos angulares y pedazos de una humanidad parcial, sino un todo dinámico tetra-dimensional, un tipo de mosaico cósmico móvil, la realización del pensamiento más alto de una mente divina.

Y así, con algo de trepidación, cada miembro de los “binarios opuestos” se esforzó con gran concentración y con toda su energía psicológica en convertirse en el “otro” de su opuesto binario. Una vez logrado esto, cada “otro” de los nuevos conjuntos de pares invertidos se esforzó en completar la segunda tarea requerida, la cual era volverse parte de conjuntos complementarios de parejas yin-yang genuinas, que se integrarían

espontáneamente en una nueva totalidad cósmica, una forma de realidad humana que reflejara el sueño más grande de la “concientización de sí mismo” del universo.

Pero fue aquí donde los invitados a la fiesta del doctor y la señora Harg, en el 23 de la calle Styair, Quawkle, encontraron problemas. Algunas de las ahora parejas binarias invertidas simplemente se desintegraron juntas hasta volverse nada, mientras se esforzaban para cumplir la segunda parte de su doble tarea. Otras se pusieron a pelear ferozmente, mostrando en sus caras horribles y malignas expresiones, pateándose, apuñeteándose, golpeándose, rasgándose y atacándose mutuamente. Incluso otras se convirtieron en un solo y asqueroso organismo que nadie podía identificar; organismos que no tenían relación alguna con cualquier cosa previamente viviente, contemporánea o reconocible del pasado fósil. Aún otras parejas se volvieron formaciones rocosas muertas, enormes, de apariencia repugnante, ásperas y oscuras, duras y crueles.

Pero el resultado más atroz de todo lo que pasó en algunos de los pares binarios fue su conversión a bizarros animales híbridos: en el salón de la casa del doctor y la señora Harg, apareció una tenia-marrano, un elefante-cucaracha, un gallinazo-caracol, una lombriz de tierra-águila, un mosquito-jirafa, una hiena-babosa y una libélula-ballena. El doctor y la señora Harg mismos, aunque no habían participado intencionalmente en el utópico experimento, espontáneamente y sin ninguna intención ¡se convirtieron en una termita-jabalí! Ellos fueron tal vez los más sorprendidos de todos los allí presentes por el resultado de su experimento humano-psicológico-utópico.

A STRANGE PARTY

Not long after guests arrived at a party in a tall, brown house on Styair Street, Quawkle District, Flamborough, they realised they had been invited to a strange party indeed. The house was at number twenty-three, and like most of the houses on Styair Street, its owners were either Latvian-Colombians or Taiwanese-Patagonians. They were not bad hosts; on the contrary, the moment guests arrived in horse-drawn carriages they were offered a whisky or an *aguardiente*; a few moments later they were served with a pot of shrimps or mussels. But the guests realized, even as they received these delights, that the householders of 23 Styair Street, Quawkle District, were not ordinary people. They were frightening to look upon, rather like the elderly couple in Polanski's film *Rosemary's Baby*, who lived next door to Rosemary and her husband, and who supervised her conception of, and giving birth to, the Devil's child. After half an hour or so of settling in, the hosts, Dr. and Mrs. Harg, announced to the assembled guests that all present should form into "binary opposites" as they put it: should form into pairs, but should strive to ensure these pairs were not simply couples who had arrived together. Partners and spouses should split up for now, and as far as possible the "binary opposites", the new pairs, should not know each other well. After some laughter, perhaps some of it a little nervous, such "binary opposites" were duly formed, and Dr. and Mrs. Harg proceeded to explain the purpose and rules of the game, or exercise, or undertaking, that the pairs were expected to engage in.

The human world is thoroughly alienated, Dr. and Mrs. Harg explained. One aspect of the abject condition of modern society is the extreme fragmentation that prevails, in terms of the way people perform extremely partial tasks and activities, ensuring that everyone inhabits different mental worlds from their neighbours, and people do not together make up a whole in any true sense. By arbitrarily putting together two human monads, everyone in the company would become more deeply aware of this condition; each one's task would be twofold: first to become the "other" of the binary pair in which they now subsisted, and then to transform themselves and their partners in such a way that each would become a different "other" whose relationship to his or her partner was truly harmonious. Though each partner in a pair would remain different from the other one, they would now form a kind of yin-yang pattern between themselves; and they, in relation to all the other, now yin-yang pairs of binary opposites, would form a miraculous, holistic pattern: not a fragmented pile of arbitrary, angular bits and pieces of partial humanity, but a four-dimensional dynamic whole, a kind of moving cosmic mosaic, the realization of a Divine Mind's highest thought. And so, with some trepidation, each member of the "binary opposites" strove with great concentration and with all his or her psychological might, to become the "other" of their binary opposition. Once having achieved this, each "other" of the new sets of inverted pairs, strove to complete the second task demanded of them; which was to become part of genuinely yin-yang, complementary sets of pairs, which would spontaneously integrate into a new cosmic totality, a form of human reality that reflected the highest dream of the Universe's "becoming conscious of itself".

But here was where the guests at Dr. and Mrs. Harg's party, at 23 Styair Street, Quawkle, ran into trouble. Some of the now inverted binary pairs simply disintegrated together into nothing, as they strove to accomplish the second part of their twofold task. Others entered into ferocious, violent fights, their faces taking on terrifying, vicious expressions as they kicked, punched, hit, slashed, and tore at each other. Yet others merged into single, foul organisms that no one could identify; organisms that bore no relation to any previously living thing, contemporaneous or recognizable from the fossil past. Other pairs still, merged into non-living, huge, dreadful-looking rock formations, harsh and dark, hard and cruel. But the most awful result of all that overtook some of the binary pairs, was to be turned into bizarre hybrids of animals: in the drawing-room of Dr. and Mrs. Harg's house, there appeared a tapeworm-pig, an elephant-cockroach, a vulture-snail, an earthworm-eagle, a mosquito-giraffe, a hyena-slug, and a dragonfly-whale. Dr. and Mrs. Harg themselves, though they had not participated intentionally in the utopian experiment, quite spontaneously and unintentionally turned into a termite-warthog! They were perhaps the most astonished of all the assembled company at the outcome of their human-psychological-utopian experiment.

LA POBRE PAREJA EN EL CAÑO

Hay una leyenda, no sé de qué país, de una pobre pareja, un hombre y una mujer, que vivía en un caño. La mujer siempre se quejaba de vivir en este sucio caño, diciéndole a su esposo lo ineficiente que era por no instalarlos en un mejor lugar.

Un día, mientras la mujer se quejaba como de costumbre, un hada apareció con una varita mágica. “¿Qué deseas querida dama?”, preguntó el hada. “¡Quiero una casa!”, gritó la mujer. Al escuchar esto, el hada agitó su varita, y la pobre pareja fue transportada a una modesta, decente y cómoda casa, con vista a un hermoso lago, en la que nadaban cisnes y gansos, y sobre el cual volaban gaviotas y cormoranes.

Después de algún tiempo, la mujer empezó a quejarse nuevamente. “Ay, esta casa tan pequeña y aburridora”, dijo, “no es lo suficientemente buena. ¿Dónde está esa hada?”.

El hada volvió, con varita mágica en mano. “¿Qué, querida dama, quieres ahora?”. “¡Quiero un palacio!”, gritó la mujer. Así que el hada agitó su varita y la pobre pareja se encontró viviendo en un fino palacio, con paredes y mobiliario de oro y marfil, plata y caobo.

Después de un momento, la mujer empezó a quejarse aún más. “¡Esto no es suficiente!”, exclamó. “Bueno, ¿qué quieres?”, preguntó el esposo. “¡Quiero que seamos un rey y una reina, no solamente con un palacio, pero con toda una ciudad de castillos y palacios exóticos, cubiertos totalmente por oro, diamantes, esmeraldas y perlas!”

El hada volvió nuevamente con su varita mágica. “¿Qué deseas ahora, querida dama?”, preguntó. La mujer le explicó el contenido de sus deseos al hada en términos maravillosos, atrevidos y extravagantes. Entonces el hada agitó su varita nuevamente, y la pobre pareja se encontró de nuevo en un caño, pero éste era más feo, más sucio y más miserable que el primero.

En su momento, la mujer empezó a quejarse con su esposo: “¿Por qué es este caño aún peor que el que habitábamos antes?”. “Porque al hada se le acabaron los poderes”, replicó el esposo. “Ay, bueno, será una buena historia que contarle algún día a nuestros hijos, cuando tengamos”, dijo la mujer.

Después de muchos años de vivir en el sucio, oscuro y feo caño al que la pobre pareja había sido enviada en el último acto mágico del hada, la mujer le dijo al hombre: “Es tiempo, esposo mío, de prepararnos para la muerte. No tenemos ni un centavo para pagar nuestros ataúdes, y ni hablar de nuestros funerales. ¿Qué hacemos?”.

“¿Por qué no llamas a tu amiga el hada?”, respondió el hombre.

Así que la mujer gritó: ¡Ven aquí, vieja bruja! ¡Nos pusiste en este caño, entonces al menos danos algo de dignidad para nuestras muertes!”.

Ante esta orden, una verdadera bruja apareció, no la delicada hada de muchos años atrás, sino una vieja mujer fea, demoníaca, hedionda y asquerosa, con su cara tan feroz y vil como el mismo fuego del infierno. Con un alarido, exclamó:

“¿Qué quieren de mí? ¡No puedo proporcionarles ataúdes ni pagar sus funerales! Lo único que puedo hacer por ustedes es convertirlos, en sus últimos días, en una bruja como yo y un marrano, y así se quedarían por siempre. ¡No morirían y vivirían por siempre como yo!”

“¡No!”, dijo el hombre.

“¡Sí!”, dijo la mujer.

Y antes de que el pobre hombre y la pobre mujer tuvieran un momento para recapacitar, el hombre cayó desesperadamente enfermo y se desplomó en la cama de paja de la pareja, obviamente a punto de morir. Por otro lado, la mujer fue instantáneamente transformada en una bruja aún más horrenda que la que había causado su transformación. Mientras veía el asqueroso cabello negro crecer sobre sus brazos y cuerpo, y sus pechos envejecer y marchitarse profundamente, chillaba de horror y sorpresa. Pero este chillido no se comparó con el terrible sonido que emitió cuando se volvió hacia el pequeño y roto espejo que la pobre pareja tenía en su caño, y vio cuán horripilante su cara se había convertido. Largos cabellos salían de su nariz que parecía un hocico, su lengua se había trifurcado y había crecido tanto que casi no podía mantenerla dentro de su hedionda boca cuyos labios eran ahora como raíces bulbosas y nacidas.

Sus ahora afilados dientes eran tan negros como el hollín. Mientras gritaba y emitía horrendos ruidos, su esposo expiró con un suspiro hueco sobre la cama de paja; la mujer lo miró por un momento, luego cabrió fuera del sucio caño y corrió en la misma dirección que la bruja mágica.

Y sus cinco hijos corrieron detrás de ella.

THE POOR COUPLE IN A DITCH

There is a legend, I don't know from what country, of a poor couple, a man and a woman, who lived in a ditch. The woman always complained about living in this dirty ditch, telling her husband how feeble he was for not getting them into a better place to live.

One day, while the woman was complaining as usual, a fairy appeared with a magic wand. "What, dear lady, do you want?" asked the fairy. "I want a house!" yelled the woman. At that, the fairy waved her wand, and the poor couple were transported into a modest, decent, comfortable house, overlooking a beautiful lake, on which swam swans and geese, and over which flew gulls and cormorants.

After some time, the woman began to complain again. "Oh, this boring, small house" she said, "is not good enough at all. Where is that fairy?"

The fairy came back, holding her magic wand. "What, dear lady, do you want now?" "I want a palace!" screamed the woman. So the fairy waved her wand, and the poor couple found themselves living in a fine palace, with gold and ivory, silver and mahogany walls and furniture.

After a while, the woman began to complain yet again. "This is not good enough!" she bawled. "Well, what do you want?" asked her husband. "I want us to be a king and queen, not just with one palace, but a whole city of castles and exotic palaces, everywhere covered with gold, diamonds, emeralds, and pearls!"

The fairy returned again with her magic wand. "What now do you want, dear lady?" she asked. The woman explained the contents of her desires to the fairy in wonderful, bold, extravagant terms. The fairy then waved her magic wand yet again, and the poor couple found themselves once again in a ditch, but this one was even more ugly, more dirty, and more wretched than the first.

At length the woman started to complain to her husband: "Why is this ditch even worse than the one we lived in before?" "Because the fairy's magic powers ran out," replied her husband. "Oh well, it will be a good story to tell our children one day, when we have some," said the woman.

After many years of living in the dirty, dark, ugly ditch to which the poor couple had been banished in the fairy's last magical act, the woman said to the man: "It is time, my husband, for us to prepare for our deaths. We have not a bean to pay for our coffins, let alone for our funerals. What shall we do?"

"Why not call up your fairy friend again?" answered the man.

So the woman shouted: "Come here, you old hag! You put us into this ditch, so at least provide some dignity for our deaths!"

At this command, a hag really did appear - not the delicate fairy of many years before, but a foul, stinking, ugly, demonic old woman, with a face as ferocious and vile as hell's fire itself. She screeched:

"What do you want of me? I can provide no coffins nor arrange your funerals! The only thing I can do is turn you both, on your dying days, into a hag like me and a hog, and thus you would remain forever. You would never die - you would live forever like me!"

"No!" said the man.

"Yes!" said the woman.

And before either the poor man or the poor woman had a moment to reconsider their decisions, the man fell desperately ill, and collapsed upon the couple's straw bed, obviously about to die very shortly. The woman on the other hand, was instantly transformed into a hag even more ghastly than she who had magicked her transformation. As she saw the foul black hair grow upon her arms and body, and her breasts age and droop deeply down, she shrieked in surprise and horror. But this shriek did not compare with the terrible sound she emitted when she turned to the small, broken mirror the poor couple kept in their ditch, and saw how terrifying her face had become. Long hair protruded from her snout-like nose, her tongue had become forked, and had grown so long she could hardly hold it inside her hideous mouth, the lips of which were now like bulbous, sprouting roots. Her now pointed teeth were as black as soot. As she shrieked and yelled horrendous noises, her husband expired with a hollow sigh upon the straw bed; the woman glanced at him for a moment, then pranced out of the filthy ditch, and ran off in the same direction as the magical hag.

And after her ran her five children.

¿CUÁL HOMBRE?

He escuchado decir que hace muchos años, hubo un hombre que fue arrojado por la borda de su barco en una tormenta, y que horas después se encontró solo en el picado mar. No había rastros de su barco, y tampoco se divisaba tierra alguna. Exhausto, y casi a punto de hundirse en el profundo, cálido y azul océano, debió enfrentarse súbitamente a un horrible monstruo, un tipo de serpiente que lo acechó de frente, con una gran cabeza oscura, su boca llena de dientes tenebrosos, y ojos que parecían punzar su propia alma.

De repente la escena cambió, y el hombre se encontró en un hospital materno-infantil, donde todos los bebés recién nacidos, en largas filas de cunas, eran prematuros. Todos habían nacido después de sólo siete meses de embarazo.

Después de esto el hombre fue a casa, y se encontró con un primo con el cual no tenía comunicación desde hacía mucho tiempo, sentado en su silla favorita, mirando la televisión. “¿Qué haces aquí?”, le preguntó a su primo. “Viendo televisión”, replicó. “¿Qué programa estas viendo?”, preguntó el hombre. “¡Sólo mira!”, dijo el primo.

El hombre miró. Había una gran nube en forma de hongo ondulándose detrás de la catedral de San Pedro en Roma. Serpientes se retorcían en el primer plano, mientras que una pequeña muchacha subía una casi infinita escalera al cielo, la cual golpeaba tan fuertemente con sus nudillos que se rajó, y humo verde-púrpura emergía de ella en magníficos resoplidos. El hogar del hombre desapareció, y se encontró a sí mismo en la copa de un árbol, solo, mirando el vuelo de unas cometas sobre su cabeza, mientras que los loros chirriaban ruidosamente en las ramas a su alrededor. Debía estar en Francia, o en Siberia, pues había nieve sobre la tierra y no había cuervos. “Gracias”, sintió ganas de decirle a su primo, pero no lo hizo, ya que este último no estaba ya en su compañía.

Este hombre había tratado muy arduamente en los meses recientes de entender a sus vecinos, a los que había llegado casi a odiar por varias razones. El esfuerzo que había ejercido en esta labor le había causado una gran fatiga, hasta tal punto que había sentido que a veces moría. Pero no había muerto; simplemente se había ido a dormir. Como escribió
Shelley:

“Qué maravillosa es la muerte,
¡La muerte y su hermano el sueño!”.

WHICH MAN?

Many years ago, I have heard it said, there was a man who was swept overboard from his ship in a storm, and hours later found himself alone in a choppy sea. There was no sign of his ship, and no sight of land. Exhausted, and nearly at the point of sinking into the deep, warm, blue sea, he suddenly confronted a hideous monster, a sort of serpent which lurched up in front of him, with a huge dark head, a mouth filled with frightful teeth, and eyes that seemed to pierce into his very soul.

Suddenly the scene changed, and the man was in a maternity hospital, where all the newly-born babies, lying in huge long rows of cots, were premature. All of them had been born after only seven months of pregnancy.

After this, the man went home, and found a long-lost cousin sitting in his favourite chair, watching the television. "What are you doing here?" he asked the cousin. "Watching television," replied the latter. "What is the programme you are watching?" asked the man. "Just look!" said the cousin.

The man looked. There was an enormous mushroom cloud billowing out behind the Cathedral of Saint Peter's in Rome. Snakes were wriggling in the foreground, while a small girl climbed an almost infinitely long ladder up to the sky, which she knocked upon so hard with her knuckles that it cracked, and purple-green smoke in magnificent puffs emerged from it. The man's home disappeared, and he found himself on the top of a tree, all alone, looking at a flight of kites above his head, while parrots were screeching noisily on the branches around him. He must have been in France, or Siberia, as snow was on the ground, and there were no crows. "Thank you," he felt like saying to his cousin, but did not, as the latter was no longer in his company.

This man had tried very hard in recent months to understand his neighbours, whom he had almost come to hate for various reasons. The effort he had exerted in his endeavour had caused him great strain to such an extent that he had sometimes felt like dying. But he had not; he had merely gone to sleep. As Shelley wrote:

"How wonderful is Death,
Death and his brother Sleep!"

